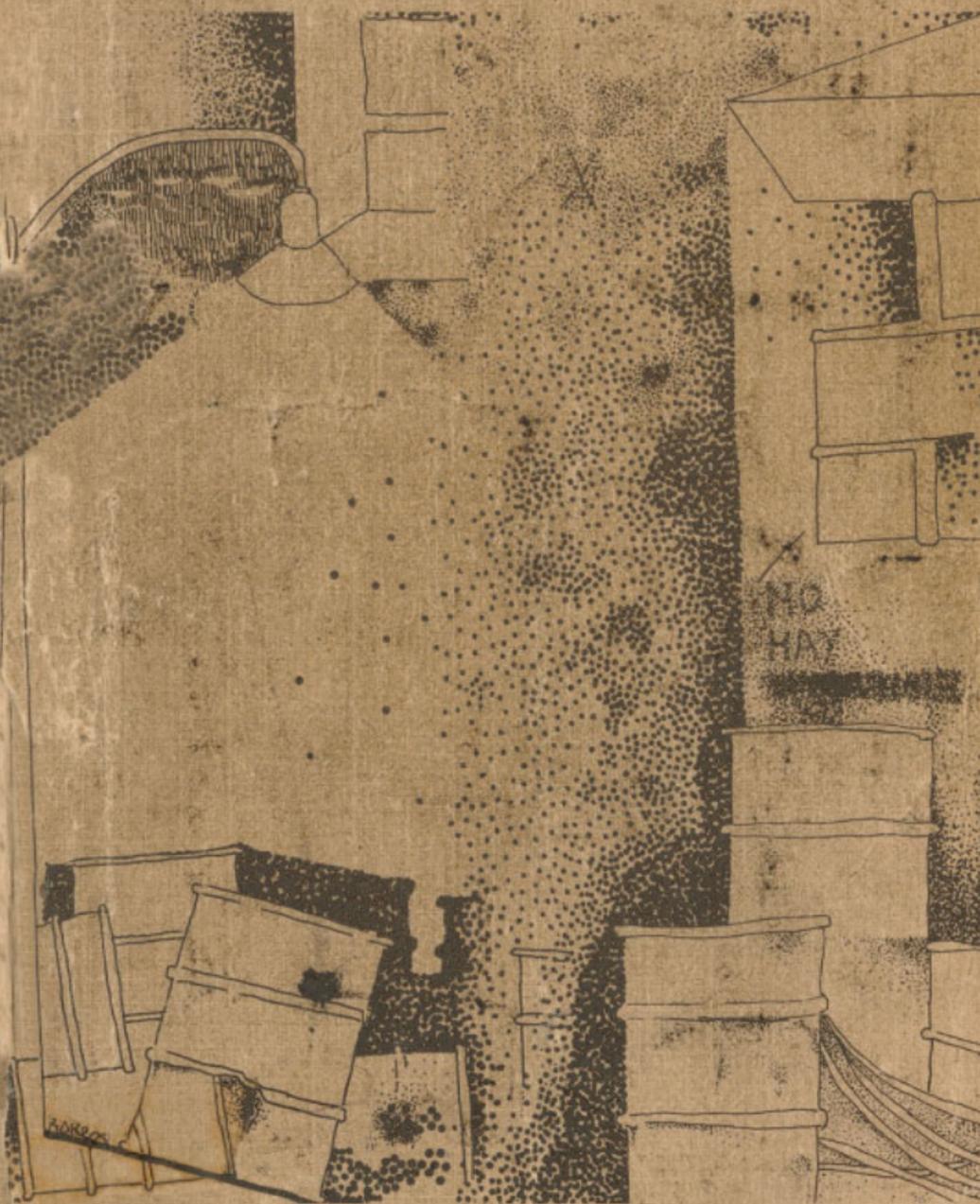


le teatro de tea juan radrigán

(11 obras)



CENECA

INSTITUTO PARA EL ESTUDIO DE IDEOLOGIAS
Y LITERATURA (U. DE MINNESOTA)

EL TORO POR LAS ASTAS

Vosotros sois la sal de la tierra; pero si la sal se desvirtúa, ¿quién la salará? Ni para la tierra es útil, ni aun para el estercolero; la tiran fuera. El que tenga oídos para oír, que oiga.

(San Mateo, 5. 13. San Lucas. 14. 34, 35)

Cuando se encienda la luz se verá:

Salón de un prostituto de mala muerte, sórdido, miserable.

Un largo sofá, dos sillones —las tres piezas de color indefinido, algunos resortes al aire—, seis o siete sillas, remedos de mesas, con manteles sucios de vino y de tiempo; vasos, botellas vacías; un antiguo arrimo, malamente remendado con tablas de cajón, encima un destartado tocadiscos. Pegados a los muros, desnudos recortados de diarios y revistas.

Escenario en semipenumbras. Llegan, encogidas, sigilosas, dos difusas figuras humanas. Se mueven lentas, pesadas.

VOZ MADE — Prende po.

VOZ JAQUE — Espérate. ¿Tai segura que los Verdugos si'acostaron?

VOZ MADE — Sí.

VOZ JAQUE — ¿Y el Antonio?

VOZ MADE — No, ese anda dando güeltas por ahí toavía; pero él no importa.

JAQUE — Esto no me gusta. ¿Por qué volvimos p'acá?

VOZ MADE — Porque aquí los morimos po.

VOZ JAQUE — *(Después de una breve pausa)* Yo no me he muerto; me mataron.

VOZ MADE — Es lo mismo.

VOZ JAQUE — No po, no es lo mismo. Cuando una se muere porque le toca no tiene ná que alegar, pero cuando

le quitan la vía antes de tiempo es que le hacen una porque-
ría re grande; y no es ná contra una nomás, es un atropello
contra el cielo y la tierra también.

VOZ MADE — La muerte es una sola, Jaque; si la des-
gracia grande jue que a nosotros los mataron por dentro, no
por juera.

VOZ JAQUE — (*Con creciente dolor y furia creciente*) Los
tironiaron hasta que los separaron de la vía. . . Los aparta-
ron del olor de los hijos, del calor de los maríos; los jueron
rompiendo como ramas de árboles secos, los hicieron. . .

VOZ MADE — (*Afligida*) No, no vai a maldecir; acuér-
date que vinimos a nacer, acuérdate que volvimos pal salón
pa vuelve a nacer!

(*Enciende la luz.*)

*Jaque y Made, exageradamente pintadas, provocativamente vesti-
das (más bién, patéticamente provocativas) quedan un momento
inmóviles.)*

JAQUE — No se siente na, ah?

MADE — El Antonio es el único que mete bulla a esta
hora, pero quizás aonde se ha fondiao.

JAQUE — No; yo te digo aquí aentro (*se toca*). No se
siente ni'ún cambio.

MADE — Yo sí. (*Se mueve, alegre, deslumbrada*) Siento
como si la sangre me bailara adentro, como si la piel me
apretara. (*Quiere hacerla participar*) ¡Cómo no vai a star con-
tenta, cómo no vai a entender!

JAQUE — Si ho, si entiendo. Lo que pasa es que a veces
la alegría no alcanza pa borrar toas las penas que una tiene
adentro.

MADE — ¿Sabís? Voh naciste pa puró poner de malge-
nio a la vía. Pero ahora tenís que cambiar (*alegre*) ¿oíste?: te-
nís que cambiar. (*Seria*) ¿No creís que El los va a salvar?

JAQUE — (*Conformándola*) Si ho, si voy creyendo.

MADE — No po, tenís que decirlo con más ganas; la fe
te tiene que salir del medio del corazón. Esto es la verdá. . .
Es lo más grande que puede pasarle a una persona (*Movién-
dola*) ¡Y los pasó a nosotros, a nosotros, Jaque! . . .

J A Q U E — Déjate po. . . ¿No vís qu'estoy confundía?

M A D E — No si na de cuentos. Empecemos.

J A Q U E — ¿Al tiro?

M A D E — (*Buscando*) Claro po.

J A Q U E — No po, déjame fumar primero; déjame fumar el último cigarrito.

M A D E — (*Deja de buscar*) Ya, fumemos.

J A Q U E — Pero callás. Así como pa despedirlos de toas las cosas que los han pasao.

M A D E — Chis, será por lo güenas que han sío; despídate voh nomás, yo no las quiero ni ver. Voy a pensar en otra cosa.

(*Se sientan. Fuman.*)

M A D E — Cuando le dije al Antonio que ahora íamos a nacer de nuevo, me dijo "No son las personas las que tienen que nacer de nuevo, son los caminos" "Pero los caminos los hacen las personas", le dije yo. "Sí, pero los hicieron pa un solo lao" dijo él, "por eso es que tiene que parirlos de nuevo" (*Pausa breve*) ¿Raro el Antonio, ah? (*Pausa breve*) Güeno, ¿m'estai oyendo?

J A Q U E — (*Casi molesta*) Sí ho.

M A D E — ¿Y entonces por qué no contestai?

J A Q U E — Porque estoy pensando po. Y también que voh hablai con respuesta pagá: te contestai sola. (*Pausa breve*) Monólogo parece que le llaman a esa guevá.

M A D E — No digai garabatos po.

J A Q U E — Chis, ¿vai a empezar a mosquiar voh también con eso?

M A D E — Es que la Verduga tiene razón: la purificá tiene que ser completa. (*Se levanta. Apagando el cigarrillo en uno de los ceniceros de las mesas*) Güeno, ¿tai lista?

J A Q U E — (*Mostrando su cigarrillo*) No he terminao toavía po, déjame fumarlo tranquila: es el último.

M A D E — ¿T'estai corriendo? Tenemos que hacerlo ahora; ya no vamos a trabajar más.

J A Q U E — Es que me da plancha. . .

MADE — No seai tonta po, como me vai a tener vergüenza a mí.

JAQUE — Pero es que yo sé toa tu vía y voh sabís la mía, ¿qué vamos a decirlos?

MADE — No sé po. La cuestión es que tenemos que echar p'ajuera too lo que hemos vivío, pa poder empezar de nuevo. (*Yendo hacia un rincón*) Y tenemos que hacerlo por dentro y por juera. (*Toma un lavatorio, lo pone sobre una de las mesas; luego un jarro con agua. Se sienta. Mojando un trapo. Casi nostálgica.*) Y también qu'estai equivocá: yo sé de ti lo que voh querís que sepa, y voh sabís lo que yo quiero que sepai; no hay nadie que pueda contarle toda su vía a alguien: toos hemos tenío que hacer alguna vez cosas que los da vergüenza o mieo que se sepan. (*Saca un espejo, comienza a limpiarse la cara*) Ya, ven a sacarte la pintura. Y empieza hablar. (*Jaque no se mueve*) ¡Ven po!

JAQUE — (*Yendo*) ¿Y qué querís que te diga?

MADE — Na. Habla cualquier cosa nomás, así van saliendo solas las cuestiones. Si querís podís hacer como si no te acordarai ná de lo que hemos hablao, o sea me preguntai aunque sepai lo qu'estai preguntando; también podís hacer como si yo juera. . .

(*Intempestivo ruido de balazos, ayes, carreras; disparos en ráfagas y tiro a tiro. Se paran asustadas, mirando, escuchando, buscando refugio. El sonido cambia de tono, con algunas variantes, helicóptero, órdenes. Luego, vuelve a cambiar.*)

VOZ LUCÍA — (*Lejana*) ¡Apaga esa porquería ho; qué no vis la hora qu'es?

(*El ruido cesa*)

MADE — (*Agitada, aliviada. Señalando al interior*) Pucha, era el Verdugo qu'estaba escuchando las noticias.

JAQUE — (*Aún tensa, asustada*) ¿No ha terminao? . . . ¿Toavía no ha terminao la guerra?

MADE — Si terminó ho; lo que pasa es que tienen una radio tan vieja, que da las noticias atrasás. (*Pausa*) Pero'stuvo güeno, porque se me había olvidao lo más importante: tenemos que rezar.

J A Q U E — ¿Rezar? . . . ¿Aquí?

M A D E — Claro po. (*buscando entre sus ropas*) El Antonio me copió un rezo del libro qu'está leyendo el Verdugo; tenemos que decirlo las dos. (*Le muestra el papel*).

J A Q U E — (*Lo observa detenidamente*) Chis, no entiendo ná la letra, léelo voh sola primero.

M A D E — Ya; pero escucha con respeto, ah?

J A Q U E — Sí, dale nomás.

M A D E — (*Leyendo*) "Tú ¡Oh, Dios!, nos rechazaste y nos destrozarte. Te airaste. ¡Restitúyelos! . . . Nos entregaste como ovejas destinás al matadero, los dispersaste entre la gente. Hablamos y nadie los escucha, llamamos y nadie los responde. Nos aplastaste en lugar de chacales, y nos cubrista de sombras de muerte. ¡Despierta! ¿Por qué estás dormido, Señor? ¡No nos abandonís pa siempre! ¿Por qué escondís tu rostro, olvidándote de nuestra miseria y opresión? ¡Levántate y ayúdalos!. Todos se ha descarríao y a una se han corropío, no hay quién haga el bien; no hay ni'uno solo. ¡Levántate y ayúdalos, en el día de mi angustia te llamo: levántate, Señor, y ayúdalos!."

J A Q U E — (*Después de una breve pausa*) Encachao. . . Yo nunca jui a la iglesia. . . (*Se sienta*) Nunca jui a ninguna parte. . . La gente pobre se acuesta y se levanta; y un día no se levanta más, y esa es toa la vía. Por eso es que a una no la van a ver nunca al cementerio cuando se muere: porque no ha hecho ná. (*Pausa*) ¿Voh creís que podría tener un hijo?

M A D E — Claro po. Pero primero tenís que creer. Sácate la pintura.

J A Q U E — Si creo, Made; apesar de too lo que me ha pasao, toi empezando a creer. (*Toma el trapo, lo moja y comienza a pasárselo por la cara*).

M A D E — Con esa fe que lo decís no te salva ni Cristo; tenís que decirlo con ganas, no tenís que decirlo con el hocico: tenís que decirlo con el corazón.

J A Q U E — Lo digo de verdá. Si no creyera le habría metío cualquier chamullo a los Verdugos y habría aprovechao que terminó la pelotera, pa ir hacerle empeño a la calle.

M A D E — (*Melancólica, mirando hacia afuera*) La calle. . .
¿Cómo'stará?

J A Q U E — Linda, debe estar linda. El Antonio me contó que por toas partes hay letreros que dicen que vamos flor.

M A D E — ¿Pa ónde?

J A Q U E — No sé po; eso no me lo dijo. (*Pausa. Candorosa*) ¿Así que voh creís que yo podría tener un hijo?

M A D E — Claro po, si ya te dije.

J A Q U E — (*Casi para sí*) ¿Y pa qué?

M A D E — No preguntís leseras; una no se propone ná con un hijo: una se siente feliz nomás.

J A Q U E — Voh no habís tenío nunca, no podís saber.

M A D E — Tai equivocá: tengo. Lo llevo encerrao aquí (*se toca*) hace mucho tiempo; sé como es y sé como va a ser cuando crezca. . . Lo que pasa es que todavía no l'encontrao un padre.

J A Q U E — ¿Y tu marío? ¿No te mandabai la parte qu'eraí casá?

M A D E — Tuve dos encontrones, pero no púe querer a ninguno. (*Se para, acciona*) Uno era fuerte y el otro débil, pero ninguno de los dos tenía amor en el corazón; uno me mató la alegría a golpes, el otro me la mató con sus quejíos. . . Al qu'era fuerte, cuando llegaba curao y sin plata, se le antojaba que me pusiera a cantar con él. "Pero cómo me voy a poner a cantar, pos José —le decía yo—, ¿qué no vis que son como las tres de la mañana?" "Son las diez de la noche nomás —me decía él—: canta, no quiero que los vecinos piensen que t'estoy dando mala vía" Y entonces me sacaba a la rastra de la cama y me hacía cantar. ¿Habís cantao llorando voh?, es como'starse ahogando. . . No, al José no podía darle mi hijo, me lo habría convertío en bestia; al que puée tener esclavos no l'interesa el amor.

J A Q U E — ¿Y el otro?

M A D E — Ya te dije: era débil, y los débiles no la quieren a una, la necesitan, qu'es distinto. Cuando un machucao anda como perro detrás de voh, cuidándote o pidiéndote disculpas a caa rato, es que te tiene de madre, de mu-

leta o de cualquier cosa, pero no de mujer; si voh lo dejai botao, llora un poco, se busca otro techo y listo. . . No me gustan los abusadores, pero los giles que se arrastran me gustan menos.

J A Q U E — ¿Sabís qué más? Yo creo qu'el cabro se te va morir de viejo aentro: soy muy complicá. (*Le muestra la cara*) ¿Cómo quedé?

M A D E — Flor; ahora sí que parecís persona.

J A Q U E — (*Pasándole el paño*) Límpiате voh ahora. Y aprovecha de pasártelo juerte pa que se te salga el piñén también.

M A D E — (*Tomando el trapo*) Sale p'allá, Dos en Una, ¿voh creís que. . .

J A Q U E — ¡No me digai así!

M A D E — ¡No gritís ho, ¿no vis que te puéen oír los Verdugos y los echan acostar?

J A Q U E — Pero no ofendai po, si'stamos mejorándolos, ¿te gustaría que yo te dijera "Humita de zapallo"?

M A D E — Güeno, perdona po. Nunca más. (*Jaque se para, se pasea*) Sigamos conversando po, tábamos re bien. ¿De qué t'estaba hablando yo?

J A Q U E — Del hijo que tenís y no habís tenío.

M A D E — Ah, claro. Cuando yo entre a la fábrica de cosméticos van a cambiar las cosas, porque voy a ser otra persona, no vóy a'star na entre puros rastrojos de hombres.

J A Q U E — ¿Eso nomás le vai a pedir? ¿Qué te consiga pega?

M A D E — Sí, eso es lo único que quiero. . . Ahí va cambiar too. . .

J A Q U E — (*Después de una breve pausa*) ¿Es güevona una, ah?

M A D E — Córtala po.

J A Q U E — Es que es cierto; la vía llega a tener las manos hinchás de tanto aforrarlos charchazos, y le basta una sonrisa toa trapienta pa que volvamos a creer en ella como locas. (*Yendo hacia el tocadiscos*) Nacer debe ser igual que cuando una s'enamora: no importa el mal que ti'hagan, con tal

de que alguna vez ti'hagan cariño.

MADE — ¿Qué vai hacer? Ya no trabajamos más.

JAQUE — Me agarró la pena; voy a poner mi disco.

MADE — No pongai ná ho, te van a oír los Verdugos. Y tamos hablando cosas importantes.

JAQUE — Espérate, si lo voy a colocar despacito: lo es-
cucho, me pongo a llorar y queo flor.

MADE — ¿Por qué tenís pena?

JAQUE — El Ariel po.

MADE — Chis, ¿toavía?

JAQUE — Siempre. Cállate.

*(Pone el disco — "Hace un año"—, lo baila; se deja caer sobre el
sofá, llora; un llanto antiguo, absurdo, un llanto gastado de tanto
ser llorado. Made la deja hacer, luego saca el disco, que ha queda-
do chirriando, lo guarda y se sienta, cruzándose de brazos.)*

MADE — ¿Quedaste bien?

JAQUE — No, voh me cortai.

MADE — ¿Te qué?

JAQUE — Me avergonzai; no pueo desahogarme bien
cuando hay otra persona.

MADE — Entonces te vai a tener que quedar ahogá no-
más, porque toavía no me quiero ir acostar. ¿Por qué
ti'acordaste d'él ahora?

JAQUE — No jue ahora, jue cuando me ocupé.

MADE — ¿Y venís a llorar recién? O sea que voh llorai
con retroactivo. ¿Por qué jue?

JAQUE — Por un gesto que hizo un cliente. Cuando
s'estaba sacando la camisa, vio que le faltaba un botón, y en-
tonces medio como que se rio así, y movió la cabeza. . . Lo
mismo que hacía el Ariel. *(Pausa breve)* Pero si no es eso, es
otra cosa, nunca falta: puee ser una mirá, un gesto, una pa-
labra. . . Siempre hay algo que parece que abre una puerta
aquí aentro *(se toca el pecho)* y lo veo. . .

MADE — . . . Diciéndote adiós. *(Golpea el suelo en compás
de tango)* Tan, tan.

JAQUE — No, eso jué lo pior: no me dijo ni adiós si-
quiera. . .

M A D E — Güeno, tenía razón también po; si s'iba a la guerra no t'iba a despertar pa que le tocarai una marcha, te abría dejao más triste.

J A Q U E — Too jue por ese viejo desgraciao, mire que venir a preguntarle leseras a una. . .

M A D E — ¿Qué viejo?

J A Q U E — El que te he contaó po.

M A D E — Si sé; te pregunto pa que contís otra vez, pa que te desahoguis.

J A Q U E — Mi'acuerdo tan re bien. . . (*Se para, mima mientras va contando*) Yo'staba lavando en el patio, cuando sentí que golpiaban. "Ni tonta pa abrir", dije yo; "porque los que andaban pidiendo comía ya se han muerto casi toos, así que si no es uno que viene a cobrar, es uno d'esos que andan vendiendo cuestiones de Taiwán". Pero como siguió golpiando y los podía echar abajo la puerta, m'entré a chorrar; así que me sequé las manos a la rápida en el delantal, y partí a agarrarlo a chuchás —Perdona, ah?—. Pucha, y cuando abro la puerta lo primero que vi jue un par de ojos que me dejaron helá, igual que cuando a una le pedían el carné en la calle. Eran como los ojos del invierno, como los ojos de los cuchillos; pero cuando los seguí mirando, se fueron volviendo doloríos, así como cuando una'stá gritando pa callao; pucha, era igual que si voh hubierai abierto la mirá de un cordero y te hubierai metío p'adentro. . . La cara era dorá, pero como hecha en piedra, y la ropa que andaba trayendo era vieja, polvorienta, desconocía. . . Me vino un golpe de tristeza, regüelto con ganas de abrazarlo, de ser güena con él. . . Pero también me vino, de no sé donde, un mieo como de condená. Me quedó mirando un güen rato, y después me dijo: "¿Es feliz usted?". . . Eso nomás me dijo, y después se jue. Yo cerré la puerta, miré p'atrás, pa los días que había vivío desde qu'era chica; después miré el cajón que usábamos de velaor, la cama llena de tiras, la mesa toa parchá. . . y me puse a llorar, qué más ía a hacer po. "Cuando llegó el Ariel, que andaba buscando pega, le conté la cuestión. Y mientras le contaba, vi que la tristeza se le iba

agrandando, agrandando en los ojos.

“—El viejo tiene razón —dijo—; de lo único que uno no puee arrancarse, es de uno mismo.

“—¿Qué querís decir? —le dije.

“No me contestó na. Y los quedamos callaos hasta qu’el silencio los empezó a doler, y entonces los acostamos; qué más íamos a hacer. . . Cuando desperté en la mañana, taba sola. . . Viejo desgraciao, mire que venir a preguntarle lese-
ras a una.

M A D E — No jue na culpa d’él ho; el viejo le abrió las pepas nomás, pero el Ariel no’staba librando piola: tarde o temprano habría tenío que ir, de la guerra no se libra nadie: se muere peliando o se muere por no peliar.

J A Q U E — ¡Pero es qu’él no tenía na que ver en esta pelotera!

M A D E — Eso es lo que dicen los muertos de los dos laos “Yo no tenía na que ver en esta guerra”, y tienen razón. . . Lo malo es que la guerra no sabe eso. ¿Cuánto hace que no sabís d’él?

J A Q U E — De que empezó po.

M A D E — ¿D’entonces?

J A Q U E — D’entonces. (*Silencio*)

M A D E — Mambrú se fue a la guerra
qué dolor, que dolor, que pena,
Mambrú se fue a la guerra,
no sé cuándo vendrá. . .

(*Silencio*)

J A Q U E — . . . Y nosotros queríamos tener un hijo.

M A D E — Pero en ese tiempo no’stabai enferma po; no te habían sacó la teta toavía.

J A Q U E — No po, ni pensaban. Tenía mis dos güenas pechugas. . . Eran lo mejor que tenía.

M A D E — ¿El cáncer puee dar de pena también?

J A Q U E — No sé. Pero el doctor dijo que habían sío los apretones y los mordiscos de los clientes.

M A D E — Por eso yo no le aguanto a ningún desgraciao que me venga a morder. L’otra vez le boté como cuatro

dientes a uno con la bacenica; la Verduga s'enojó, pero que m'importa a mí, yo tengo que defender mi integridá.

J A Q U E — Es que sin el Ariel, yo ya no tenía pa quien defenderme; lo único que quería era morirme, desaparecer.

M A D E — Güeno, pero eso ya pasó. Los diarios que traen los clientes dicen que ahora hay paz y tranquilidad.

J A Q U E — Pero eso lo dicen los diarios, no la gente; la gente se quea callá cuando una le habla d'eso. . . Lo único que sé es que allá ajuera hay muchas como yo, o sea que no son viudas, solteras ni casás. . .

M A D E — Claro, si'stai flor pa empezar de nuevo.

J A Q U E — ¿Pero, y si es cierto que la guerra no ha terminao? ¿Si es cierto que la cosa'stá igual que cuando me vine p'acá? El Antonio no miente, y dice que allá (*señala*) no hay respeto por ná.

M A D E — Chis, güeno, ¿y qué aquí te respetan mucho? Seguro que te pudrieron la teta de tanto saludarte con besitos en la cara; no seai tonta ho.

J A Q U E — Es que voh no sabís las que pasé antes de meterme aquí. En toas partes. . .

M A D E — (*Haciéndola callar. Escuchando*) Guarda, parece que viene la gestapo. (*Se paran con cierto temor. Entra Antonio. Aliviada*) Ah, erai voh.

J A Q U E — ¿Y los Verdugos?

A N T O N I O — Si'acostaron hace rato. Don Víctor dice que no'stén gastando luz de balde aquí en el salón.

M A D E — (*Vuelve a sentarse*) Ya los vamos a ir, tábamos conversando.

A N T O N I O — Váyanse a cagüinar a la pieza, mira que no'stán ná muy de güena. (*Ve el lavatorio*) ¿Y ese lavatorio qué hace ahí?

J A Q U E — No sé po, tará esperando micro.

M A D E — Los lavamos ho, los sacamos la pintura.

A N T O N I O — El que cava la fosa cae dentro de ella, y el que rueda una piedra se le viene encima.

M A D E — ¿Qué querís decir?

ANTONIO — Que el que cava una fosa cae dentro de ella, y al que rueda una piedra se le viene encima. Dios les bendiga la inocencia. (*Comienza a arreglar y ordenar las cosas*)

MADE — No te ríai d'esas cosas po, ¿no vis qu'estamos limpiándolos pa poder cambiar de vía.

JAQUE — ¿Así qu'están enojaos? ¿Y qué culpa tenemos nosotros de que no venga nadie a esta porquería? Pero algo cayó po, yo me ocupé dos veces.

MADE — Y se vendieron como tres botas y varios sán-guches.

ANTONIO — Con eso no sacamos ni pal guiso de mañana. Y San Verdugo y Santa Verduga querían terminar sus piadosos días con una buena torta en los bolsillos. Pucha, si lo que tenían que haber hecho los cabrones, era juntarse toos y haber importao curaos de Taiwán, ahí los habríamos salvao. (*Reflexivo*) Güeno que con el agua que vendimos aquí, hay que agarrar a palos en la cabeza a los guevones pa que se puean mariar.

MADE — Frena el hocico, deslenguao; ahora hablamos di'otra manera aquí.

ANTONIO — Chis, ¿y quién les va a entender? La Verduga ta más loca que una bala al aire, ya me veo hablando sin garabatos.

JAQUE — No, si tiene razón en eso: tenemos que limpiarlos por dentro pa que los puea ir bien; es igual que cuando una v'hacer la primera comunión, o cuando se va casar y no puee echar ni'un pato más hasta que pase la cuestión del civil.

MADE — Eso era cuando los giles andaban con polainas po; ahora los novios se presentan en la cama.

ANTONIO — No si l'está poniendo mucho color con la campaña de la decencia y la moralidá. A mí me dijo que tenía que dejar lavá la pinta ahora, porque desde mañana los quiere ver a toos bien pintiaos y chorriando amor y delicadeza por los cuatro costaos.

JAQUE — (*Mirando hacia afuera*) Puea ser que la cuestión no sea como ir a meterse a un basural más grande no-

más. . . A ratos me da mieo; junté too lo que me quedaba pa poder armar esta esperanza: si la pierdo nunca más voy a poder creer en na.

ANTONIO — No, si las cosas han cambiao mucho ajue-
ra, Jaque: ahora podís ir a patinar a un bulevar o te pueden
dar pega en una casa de masaje, después metís la torta a
una A.F.P. y quedai flor.

MADE — (*A Jaque*) No le hagai caso, voh sabís qu’el día
qu’este se muerda la lengua va morir hinchao como sapo.

JAQUE — (*Vehemente, a Antonio*) ¿Cómo es? ¿Lo habís
visto?

ANTONIO — ¿A quién?

JAQUE — A El, po; al que va venir.

ANTONIO — No, no lo he visto ni sé cuál es la buena
noticia que trae; lo único que sé es que apareció de repente
y que le dicen “El Milagrero”.

JAQUE — ¿Por qué le dicen así?

MADE — Porque hace milagros po, no va ser porque
vende pescao frito.

ANTONIO — (*Dejando de hacer cosas*) Mi’acuerdo que
una vez apareció uno que le decían “El Cristo de Elqui”.
Decía: “¡Tengan fese en mí, tengan fese en mí!” Y parece
que la gallá agarró papa y le tuvo fe, porque lo seguían
como moscas a la miel. Claro qu’eran los mismos de siem-
pre, o sea, torrantes, chimbirocas, cesantes, mujeres aban-
donás, mudos, paralíticos y too eso. Yo no sé si hizo algo al-
guna vez, si curó a algún enfermo o dio pan a algún ham-
biento; de lo único que mi’acuerdo es que un día se subió a
un árbol, allá en la Quinta Normal, pa deslumbrar a la gallá
con no sé qué milagro, cuando de repente se vino abajo con
rama y too y se sacó la cresta en el suelo: ahí mismo se acabó
pa siempre “El Cristo de Elqui”. Creo que después puso un
almacén en el sur y terminó sus días vendiéndoles piadosos
cuartos de azúcar y octavos de té a los güastecos.

MADE — ¡El nó es así! No es como la Yamilé o las viejas
que ven la suerte: El es de verdá.

ANTONIO — Sí, eso dicen. . . Pero cuando la gente

empieza a llamar milagro a comer dos días seguidos, puede llamar milagros a cualquier cosa. . . Hacer milagros es re fácil: basta con quitarle algo a la gente y después entregárselo de repente; la receta no falla.

J A Q U E — ¡No los vengai a echar a perder, desgraciao: nosotros creímos!

A N T O N I O — Desgracia de ustedes nomás po. Mire que venir a creer, precisamente en la única parte donde ya no se puée creer na.

M A D E — No le hagai caso, si este es tan poca cosa que ni sabe qu'está vivo. (*A Antonio*) Apuesto que no sabís ni que pedir.

A N T O N I O — Justo; cuando supe que la Verduga ía a traer al Milagrero p'acá, me senté sobre las cenizas, m'empecé a pegar con una teja en la cabeza y me largué a meditar. . . Pero no encontré qué decirle, no encontré qué pedirle.

J A Q U E — Chis, ¿cómo no vai a tener que pedirle, si soy tan desgraciao?

M A D E — (*A Jaque*) Es tan desgraciao, que no es ni colipato.

A N T O N I O — (*Risueño*) Güena ho, ¿así que ahora hay que ser colipato pa ser feliz?

M A D E — No, pero a tóos los campanilleros les tienen que gustar las patitas de chanco, y con voh no pasa na: hasta en eso andai equivocao; no soy ni chicha ni limoná.

J A Q U E — Soy como un día nublao, como un güey, como una piedra.

A N T O N I O — ¿Y qué ustedes son muy pichas?

M A D E — No, si no se trata d'eso; se trata de que voh tai viviendo de puro bolúo nomás, ya te tendríai que haber declarao muerto hace tiempo.

J A Q U E — Justo, nadie contó chistes en tu velorio, ni t'echaron tierra encima, pero'stai muerto. ¿Aónde te moriste?

A N T O N I O — No he muerto, al contrario; la vida de la

gente está hecha de miles de estaciones donde se sientan a esperar, yo. . .

MADE — No vengai na con barretas, te moriste; ¿en qué parte jue? En muchas partes a mí me agarraron a palos y patás, pero no morí, quedé tambaliando nomás; a voh parece que te pegaron con chanco en bolsa y quedaste seco. ¿Cuándo jue? ¿Cuándo tropezaste con una mujer que tenía dueño? ¿Cuándo tu padre s'echó el pollo?

JAQUE — ¿Cuándo t' echaron de la casa? ¿Cuándo te violaron en un potrero?

ANTONIO — (*Sonriendo*) ¿Cuándo me han violao? No te pasís po.

JAQUE — Pero es que algo te tiene que haber pasao, pos indio; si no te lo mandaron a guardar a voh, tienen que haber cargao con tu madre o con tu hermana. Cuénta nomás, no tengai vergüenza, nosotros no podimos tener vergüenza: ¿qué culpa tiene el paralítico de tener que andar tiritando toa la vía? ¿Qué culpa tiene el ciego de no ver?

MADE — Claro, pos peliento, trancúrrete. Los machucaos que han estudiao y dicen que las saben toas, dividen el ganao entre flojos y trabajaores, porque dicen que toos tenemos las mismas posibilidaes. Pero échalos andar al mismo tiempo a una pituca del barrio alto y a mí, que nací y me crié en la población Colo Colo, cambia hasta el cielo po; porque lo que pa mí era un anuncio de castigo, pa ella era una bendición. O sea que en las mañanas, cuando yo miraba p'arriba, sabía si'staba condená a rescoldiarme de calor o condená a chapotiar too el día en el barro; y ella sabía s'iba a ir a la playa o le tocaba pasar sentá cerca de la chiminea con las amigas: y las dos mirábamos el mismo cielo, ¿cachai?

JAQUE — Güeno, pero eso n' importa po.

MADE — ¿Cómo qué n' importa? Tamos hablando de lo que los pasó.

JAQUE — Lo que los pasó es que nacimos en el lao negro, si eso ya lo sabimos: lo qu'estamos viendo ahora, es que va a pedir este descriteriao.

MADE — Por eso po: pa saber eso hay que mirar p'atrás.

JAQUE — P'adelante, gilucha, ¿aónde habís visto que la esperanza ta p'atrás?

MADE — P'atrás, de ahí es donde venimos con hambre de too. (A Antonio) ¿Qué decís voh?

ANTONIO — Atrás, adelante, más adelante, más atrás, too es la misma cosa ho: la gente vive crucificá por lo que no ha tenío nunca.

JAQUE — No, por lo que los han quitao; si a mí no me hubieran sacao una teta. . .

ANTONIO — (Vivaz) ¡Ahí'stá pos, tonta: pídele al Milagrero que te devuelva la teta!

JAQUE — (Humilde) Eso es lo que le voy a pedir po.

ANTONIO — (A Made) ¿Y voh?

MADE — Di voh primero.

ANTONIO — Ya les dije: no se me ocurre. . . Una vez, una mujer llena hasta los topes de amor, de ternura y too eso, se abrió igual que cuando se abre una puerta, y yo salí andar, ciego y en pelota. La mujer se llamaba Mamá o Madre, no mi'acuerdo muy bien, porque al poco tiempo me llevó donde otra mujer, que se llamaba Abuela. Como toa la vía he sío descuadro de inteligente, ligerito aprendí a decirle "Lela", cuando le decía así, ella se llegaba a derretir de puro emocioná, y ciega de ternura, con las lágrimas corriéndole a chorros por las arrugas, me agarraba y me apretaba contra ella, como si yo hubiera sío lo único que existía en el mundo, después me dejaba en el suelo otra vez y me daba cualquier cosa pa que jugara o pa que comiera — o sea, no es que me comiera los juguetes, no m'iba a'star comiendo un camión o una pala, no po; lo que quiero decir es que a veces me pasaba un juguete y a veces un pedazo de pan—. . . Pero un día no me dejó na en el suelo: abrió la puerta y salió conmigo. Me dejó donde una mujer que se llamaba Tía; ésta era una mujer que se lo pasaba mirando al cielo, como si tuviera miedo de que le cayera un ladrillo en la cabeza, así que en invierno se le llenaba la boca de

agua, y cuando se agachaba pa darme un beso, me dejaba too mojado. Entre mojado y mojado pasaron como tres años, y ya me había acostumbrao a andar refriao, cuando un día aprovechó la mojada pa pasarme un trapo por la cara, después me peinó, abrió la puerta y salió taquiando conmigo pa donde una mujer que se llamaba Amiga; esta amiga tenía tres hijos, que cuando andaban de güena me agarraban a combos y cuando andaban de mala me agarraban a patás. Un día uno d'ellos me aforró un aletazo tan juerte, que la mano le queó doliendo y después se le hinchó; entonces la mujer que se llamaba Amiga, dijo: "No pos, cabrito, es güeno el cilantro, pero no tanto, ¿encima que t'estoy matando l'hambre venís a pegarles a mis cabros?, no po, eso sí que no". Y güelta a la tandita de abrir la puerta y salir conmigo. Ahora juimos a parar a una parte que se llamaba "Ciudad del niño", ahí. . . Güeno, pa qué vamos a seguir: en el resto lo único que cambia es el nombre de las personas; pero llámense como se llamen, Profesor, Patrón, Novia, Esposa, Hijo, Conocío, o lo que sea, el final siempre es el mismo: alguien abre una puerta y yo salgo. . . No, no se mi'ocurre qué pedirle al Milagrero.

MADE — Pídele un candao po.

JAQUE — No lesís po, si'stá hablando en serio.

MADE — Pero es que con eso se aparta del lote po. Nosotros necesitamos un milagro, pa poder salir di'aquí y tenemos que pedirlo juntos, pa hacer fuerza. Lorea, la Verduga es tan desconfiá, que a veces se pide el carné ella misma, pero ahora ha cambiao po; ahora tiene confianza y va empujar con nosotros.

ANTONIO — (*Toma los manteles que ha juntado*) Como no va tener confianza, si jue ella la que armó el cagüín.

JAQUE — Pero no te vai, indio, no seai roto.

ANTONIO — (*Muestra sus pantalones*) Tengo que lavar la pinta toavía ho, y ya deben ser como las tres de la mañana. (*Yéndose*) Ustedes vayan a acostarse luego, porque si no don Víctor va a cargar conmigo por la lu.

JAQUE — ¿S'enojó?

M A D E — No, que se va enojar: no sabe pa que sirve eso.

J A Q U E — (*Después de una pausa*) ¿Oye, y a too esto, qué irá a pedir la Verduga?

M A D E — Algo pal hijo será po.

J A Q U E — ¿Voh lo conocís?

M A D E — No po, si'stá preso.

(*Se paga la luz.*)

J A Q U E — Ese jue el Antonio. ¡Guarda, pos, indio: si toavía tamos aquí!

M A D E — ¡No gritís que te van a oír los Verdugos!

J A Q U E — ¡Qué m'importa amí! ¡Prende po! (*Pausa*) No va prender na. . . Y tan bien qu'estábamos. (*Pausa*) Oye, ¿y por qué'stá preso el hijo de la Verduga? ¿Se chorió alguna cuestión?

M A D E — No.

J A Q U E — ¿S'echó a alguien?

M A D E — No.

J A Q U E — Chis, ¿y entonces qué hizo?

M A D E — (*Pausa breve*) No va prender na. Vámoslos, mejor.

J A Q U E — Pero qué hizo po.

M A D E — No sé, yo no le he visto nunca, no venía p'acá. (*Pausa*) Es enemigo.

J A Q U E — ¿De nosotros?

M A D E — No ho, de los enemigos. Párate po; vámoslos. (*Ruido de tropezones.*)

J A Q U E — Enemigo de los enemigos. . . O sea amigo de nosotros. . . ¿Y por qué'stá preso entonce?

M A D E — (*Quedo*) Por traidor.

J A Q U E — Chis, ¿cómo es eso?

M A D E — (*Exasperada*) ¡Pucha, si yo no sé ho; no entiendo d'eso: nadie entiende na; por eso ha durao tanto la guerra!

J A Q U E — ¿Ha durao? . . . ¿Entonces sigue? . . . Habla po, habla.

M A D E — Ya te dije que no entiendo ho. . .

(*Se escuchan sólo mirrmullos.*)

Día siguiente. El mismo escenario.

Lucía, la cabrona, saca cuentas sobre una de las mesas. Víctor, el cafiche, lee la Biblia en voz alta, despatarrado en el sofá: ". . . Y entonces se levantará pueblo contra pueblo, nación contra nación, hermano contra hermano. . . Pero antes de too esto, a ustedes los perseguirán; y les echarán mano y los azotarán, serán llevados a la cárcel, jógados y condenaos. Y no habrá. . ." De la pieza del lado llegan claras las voces y las risas de Jaque y Made.

VÍCTOR — *(Iracundo)* ¡Cállense, mierdas!

LUCÍA — ¡Te dije que no dijerei más garabatos!

VÍCTOR — ¿Y qué no vis que s'están riendo?

LUCÍA — No es na de voh; sigue leyendo tranquilo. Y pone atención, pa que aprendai.

(Se levanta y sale a poner orden. Víctor espera un momento, luego se para, va a la mesa y hojea los papeles. Al lado, las voces callan. Víctor va sentarse de nuevo. Entra Lucía; lo alcanza a ver antes que se siente:)

LUCÍA — ¿Qué'stabai haciendo?

VÍCTOR — *(Señala la mesa)* Jui a ver. Pucha que cayó poco.

LUCÍA — *(Vuelve a sentarse)* Poco es, po.

VÍCTOR — No alcanza ni pa pagar el vino. Ya no los van a fiarlos más.

LUCÍA — Eso es pa que veai lo que les pasa a los descreíos.

VÍCTOR — *(Deja la Biblia al lado)* No, si. . .

LUCÍA — *(Sin mirarlo)* Lee.

VÍCTOR — *(Vuelve a coger el libro)* Te digo que no es na eso, no seai porfiá. Lo que pasa es que tenemos dos guatas y un campanillero que no es maraco, eso trae mala suerte. Y encima, a una de las guatas le falta una teta.

LUCÍA — ¡Se llama Jacqueline!

VÍCTOR — ¿Jacqueline? ¡Toa la vía se han llamao tet. . .

LUCÍA — ¡Ella, te digo que ella!

VÍCTOR — Ah, voh decís pa que no diga groserías.

¿No t'estarís como pasando? Hablar bien aquí es igual que hablar en inglés po, ¿no vis que la gallá que viene p'acá entiende a puras chu. . .

LUCÍA — ¡Cállate! Y lee, ¿entendís?: lee

VÍCTOR — Güeno, ¿y pa qué me hacís leer a mí, si es el otro el que tiene que saber las cuestiones?

LUCÍA — No sé po; pa que le preguntís, pa que le den color; no vamos a'star callaos.

VÍCTOR — ¿Y por qué no leís voh? (*Pausa breve*) Total, pase lo que pase, al final soi voh la que decidís toas las cuestiones.

LUCÍA — Este último tiempo me he sentío muy aplastá; los días se me han vuelto como de cenizas. . . Debe ser la entrá del invierno.

VÍCTOR — Chis, pero si toavía no ha entrao.

LUCÍA — En mí sí, en mí ya entró. (*Rehaciéndose*) Lee.

VÍCTOR — (*Se produce en él un sutil cambio de personalidad*) Desde que te dio por hacer esta cuestión, toos los empezamos a poner raros. ¿Sabís por qué? Puee ser por dos cosas: porque miramos p'atrás, o sea porque algo los obligó a dar una güelta por el cementerio que tenemos cada uno; o porque Dios. . .

LUCÍA — (*Exaltada*) ¡No seai tonto: Dios no castiga!

VÍCTOR — (*Inocente*) Yo no he dicho ná.

LUCÍA — Pero lo pensai.

VÍCTOR — No: eso lo pensai voh; es el miedo que tenís.

LUCÍA — ¡No sé, no sé! No hablemos d'eso. . . No m'entiendo. . . Creo que el mieo que tengo, es que si El me falla, ¿a quién voy a recurrir? (*Alucinada*) Pero no me puee fallar, Dios no puee'star contra nosotros!

VÍCTOR — Pero sí contra lo que hacemos.

LUCÍA — Lo que hacemos es pa poder seguir viviendo la vía que los dio. . . Dijo que viviéramos y los multiplicáramos, que viviéramos. . . (*Extrañada. Sin enojo*) ¿Por qué me hablai así ahora? Voh no sabís ná de na, voh soy. . .

VÍCTOR — Cafiche, nomás.

LUCÍA — Yo no te he dicho eso.

VÍCTOR — ¿Y qué querís decir entonces? (*Silencio*) Claro, no sé na de na. (*Cierra el libro*) Siempre mi'acuerdo de una poesía que recitó un viejo en un asao. . . Yo la escuché de lejos. Se trataba de un gallo que las paró que l'estaban pegando en la nuca; y entonces un día decide hacerle la pillá; pide permiso en la pega y parte. . . Pero en el camino empieza a tomar caldo e cabeza, empieza a pensar en too lo que iba a perder si acaso la perdía; si'acordó de los ojos, del cuerpo, de la voz, de lo bien que lo pasaban a veces, y entonces, justo cuando llega a la puerta, decide que es mejor no saberlo: y se degüelve. (*Pausa*) Claro, a veces es mejor no saber na. (*Vuelve a su antigua personalidad*) Güeno, ¿cuánto le pensai tirar al machucao ese? (*Lucía no responde*) Cuánto po.

LUCÍA — Una luca.

VÍCTOR — ¿Una luca? ¿Qué's importao?

LUCÍA — No seai confianzúo, El no es cualquier cosa. Además la luca no es toa pa El; El se deja dos gambas y el resto lo tenemos que repartir nosotros entre la gente que anda pidiendo. Pero no hablemos más, lee. (*Llamando*) ¡Antonio!

VÍCTOR — ¿Pa qué lo llamai?

LUCÍA — Lee.

(*Entra Antonio. Pantalones traposos, arrugados; camisa limpia, también ostensiblemente arrugada, zapatos lustrados. Tiene una escoba en las manos.*)

ANTONIO — ¿Me llamaba, señora?

VÍCTOR — (*Mirándolo de arriba abajo*) ¿Andai disfrazao de turista?

LUCÍA — (*Mirándolo extrañada también*) ¿Qué te pasó?

ANTONIO — Na po, ¿no me dijo que desde ahora tenía que andar pintiaio?

LUCÍA — ¿Y así te pintiai?

VÍCTOR — Si salís así a la calle te van a llevar preso por güevón. (*A Lucía*) Perdona. (*Sigue leyendo*)

LUCÍA — Oye, ¿sabís?, mejor anda como toos los días nomás

ANTONIO — Es que tengo este puro tolompa: queó así aonde usté me dijo que lo lavara.

LUCÍA — Güeno, no importa. ¿Juiste dónde te mandé?

ANTONIO — Sí, pero no lo he poío encontrar; parece que tiene mucha pega.

VÍCTOR — Ese no es trabajo, es apostolado; no seai ignorante.

ANTONIO — Güeno, ta muy cargao al apostolao entonces. He ío a buscarlo a toas partes donde le hace a la predicá, pero hace días que nadie lo ha visto.

LUCÍA — ¡Pregunta, pregunta: tenís que encontrarlo!

ANTONIO — Es que no se puee andar preguntando mucho, usté sabe la revoltura que hay; los tiempos de guerra son fregaos.

VÍCTOR — Pero El no tiene enemigos, pos, saco.

ANTONIO — Si tiene: lo que es güeno pa unos, es malo pa otros.

LUCÍA — Pero El ta aparte de too eso. ¿Qué mal puee hacer?

ANTONIO — No sé po; junta gente, lo siguen: eso es peligroso. . . Parece que le dio mideo y se fondió.

LUCÍA — ¿Dónde?

ANTONIO — En el cerro. Dicen qu'estaba cabriao, que iba triste hasta la muerte.

LUCÍA — ¿Subió solo?

ANTONIO — Claro, solo.

LUCÍA — (*Pausa breve*) Me da mala espina; tenís que buscarlo y traerlo como sea: ya los quedan tres días nomás pal viernes.

VÍCTOR — ¿Viernes? ¿Pensai traerlo el fin de semana? ¿Pero si esos son los únicos días que'stá cayendo algo?

LUCÍA — Esa es la gracia: tiene que ser un sacrificio.

VÍCTOR — Es que ya no tenemos mercadería po. Chis, cuando algún machucao pide más de una botella, tengo que salir corriendo pa la botillería. ¿Sabís como me dicen

en el barrio? "El expreso de medianoche". No, yo creo que tenemos que hacerlo como lo hacen toos nomás: o sea que primero los aseguramos el trago y el mastique y después los ocupamos de Dios. . . Con too respeto, ¿ah?

LUCÍA — No, tenemos que sufrir. ¿Si no cómo va poder demostrar la fe una?

ANTONIO — Claro, pa demostrar la fe, hay que tener más paciencia que caballo e feria y más aguante que bombo e circo; porque muchas veces la gallá se muere, sin saber los resultados de la demostrá de fe qu'está haciendo.

VÍCTOR — Voh te callai, arrollao e cuncuna, esto es serio, no tenís na qu'estar metiendo la cuchara a caa rato.

ANTONIO — Chis, pucha qu'es solidario, ¿no le ha dao nunca por meterse a. . .

LUCÍA — ¡Ya, déjense de güe. . . lesiar! (A Antonio) Partiste hacer lo que te dije. Y callao, no andís abriendo el tarro por ahí: si se me llena de gente aquí, no vamo a sacar na.

ANTONIO — No hay cuidao, señora; a quien se le va a ocurrir hacer lo que hace usté: la gente humilde no juega con la religión.

LUCÍA — (Indignada) ¿Quién te dijo que yo'estaba jugando?

ANTONIO — Los hechos, señora. Pero yo no dije eso, lo pensé nomás, jue "La vieja del tajo en forma de cruz" la que lo dijo.

VÍCTOR — A esa vieja la echaron del infierno por envidiosa, no le hagai caso, Lucía.

ANTONIO — Tiene un tajo en forma de cruz, por algo será.

LUCÍA — ¡Qué m'importa a mí que tenga un tajo en forma de sandía si quiere, yo no tengo na que ver con ella ni con nadie!

VÍCTOR — (Pausa breve) Pero puee tener razón, ¿ah? Voh no sabís ña las mansas escobitas que deja Dios cuando s'espanta (*golpea el libro*); aquí dice po. Y esta es una casa e. . .

LUCÍA — ¡Toos tenemos derecho a Dios, yo sé lo que

hago! (A Antonio) ¡Ya, anda al tiro donde te mandé! (Antonio no se mueve) ¡Anda po!

ANTONIO — ¿Sabe, señora? Taba pensando. . . Andan hartos vivarachos por ahí que se la'stán dando de Milagreros. . .

LUCÍA — ¡Yo quiero al verdadero; no me vengai na con pillerías, porque te mato!, ¿entendís?: ¡te mato, desgraciao!

ANTONIO — No, si yo le decía nomás, pa encontrarlo más rápido. . . O sea que se pueen haber tirao toos pal cerrro, pa hacer la pará. Pero la "Vieja del tajo en forma de cruz", lo conoce: dice qu'ella me lo puee mostrar.

LUCÍA — ¿Y cuánto te cobra?

ANTONIO — Na; lo único que quiere es darle un beso en la cara, pa ver si se le borra el tajo.

LUCÍA — (*Perpleja*) ¿Un beso? . . . ¿Un beso?

VÍCTOR — Igual que. . .

LUCÍA — (*Intranquila, nerviosa*) Cállate, cállate. . .

ANTONIO — ¿Qué hago? ¿Le digo que güeno?

LUCÍA — Yo no sé, no sé. . .

VÍCTOR — (*Leyendo*) "Uno d'ellos, Caifás, qu'era sumo sacerdote ese año, les dijo: Vosotros no sabís na, ¿no comprendís que conviene que muera un hombre por el pueblo y no que perezca too el pueblo? No dijo esto de sí mis. . .

LUCÍA — (*Alterada*) ¿Qué'stai diciendo?

VÍCTOR — Na po: toi leyendo (*muestra*) aquí dice.

LUCÍA — ¿Y por qué leis eso?

VÍCTOR — Voh me dijiste que leyera po.

LUCÍA — Pero esa parte, ¡por qué leíste esa parte!

VÍCTOR — Porque sale aquí po.

ANTONIO — Güeno, ¿qué hago, señora? Usté es la que tiene que decidir.

LUCÍA — ¡Tráelo. . . tráelo p'acá como sea!
(Breve silencio)

ANTONIO — Ta bien po, si lo dice usté. . . (Se va limpiándose las manos)

VÍCTOR — ¿Por qué no te limpiaí las. . .

LUCÍA — ¡Cuidao con lo que hablai, desgraciao; hasta cuando!

VÍCTOR — ¿Pero qué no viste lo que hizo? Es un gesto ofensivo pa voh.

LUCÍA — (*Se para acciona*) Mira, de ahora en adelante, si no te cabriai con las groserías, los vamos a tener que entender di'otra manera: yo no le voy a aguantar a nadie que me eche a perder la cuestión. Ya les dije a las cabras que a la que diga un garabato de aquí al viernes, le vamo a sacar cien pesos de multa por caa uno. Aunque tenga que matarlos a palos o echarlos a toos di'aquí, esta tiene que ser una casa purificá pa cuando venga el Milagrero. El Oscar ta mal, s'está muriendo.

VÍCTOR — No le piquís tanta cebolla po, si'stá preso nomás. Chis, yo cuantas veces no he'stao en caña. Me he mandao al pecho como cinco parillás ya. Pucha, si cobraran la corriente que le ponen a uno allá, yo tendría que trabajar como cinco años pa poder pagar; y na que te afligíai tanto.

LUCÍA — Es distinto, él es mi hijo. Y además voh habís tao por reducir o por encubrior; pero él no'stá preso por na d'eso.

VÍCTOR — A la Made y a la Jaque parece que les hubiera amaneció por dentro: a voh te corre odio, ya m'estai cabriando.

LUCÍA — No es odio; tengo algo que hacer y lo voy hacer. Al Oscar tienen que dejarlo ver el sol antes de morir, tienen que dejarlo ver la luz.

VÍCTOR — Claro.

LUCÍA — Así que no quiero líos. (*Yendo a juntar sus papeles*) No quiero que le peguís más a las cabras, no quiero. . .

VÍCTOR — ¿Cuándo les he pegao?

LUCÍA — Si po, no vis que a la Jacqueline se le cayó el diente comiendo pasteles.

VÍCTOR — Ya te dije lo que había pasao. Voh sabís que cuando le da la de los monos y no quiere trabajar, se saca la teta postiza y la tira p'arriba del techo. Chis, ya'estoy cabriao de andar encaramándome a buscársela po; y esa vez

había tirao la de los sábados y domingos toavía, la de goma, la güena. Y cuando me bajé del techo, too raguñao y lleno de tierra, la pescó, me sacó la madre y la tiró más lejos toavía, cómo no m'iba a espantar, ¿no vis que los clientes me agarran al tiro pa la palanca? Pero le di un puro charchazo nomás, si no jue pa tanto.

LUCÍA — Güeno, pero eso pasó; too eso pasó.

VÍCTOR — Pero voh tai mal, ¿ah? Las mandas se pagan cuando te las cumplen, no cuando se hace la pedía, así que no tenía ná que mandarle la luca: era cuando llegara aquí.

LUCÍA — Si sé, pero tengo que asegurarme por tóos los medios de que venga. (*Bruscamente*) ¿Qué vai a pedirle voh? No me habís dicho na.

VÍCTOR — Ia a pedir lo que no pediste voh, o sea que los juea bien en el negocio. . . Pero sin querer, por esa cuestión como de pascua que hay en el aire, se me ha ío despertando en estos días una esperanza. . . Yo iba pa ser otro, mi'acuerdo por las cosas que inventaba cuando era chico, por lo que me daba por soñar; si los cabros iban a nadar, no nadaba, si jugaban, no jugaba: soñaba nomás. Claro soy lo que no soy. . . Pucha, jue una injusticia re grande.

LUCÍA — No t'entiendo na.

VÍCTOR — Es que yo tampoco me entiendo muy bien toavía. Pero de ahí partió too. . . Claro, yo tenía que ser como esos machucaos que no han tao nunca presos, que son pobres, pero que. . .

LUCÍA — (*Impaciente*) ¡Pero qué querís po, qué le pediríai!

VÍCTOR — Quisiera. . . ¡Quisiera comerme un tremendo asao!

LUCÍA — (*Molesta*) No seai tonto po; tamos hablando en serio.

VÍCTOR — Y en serio te lo digo. Me gustaría volver a'star en un patio de tierra, donde hay un parrón, un cántaro de grea medio hecho tira, un cordel con ropa tendía. . . El cielo taba del color del fuego que se va apagando, el aire

era tibio. . . Debajo del parrón había una mesa larga, larga, y encima la ensalá y la carne, olorosa, jugocita. . . Los hombres andaban en mangas de camisa, las mujeres con vestíos ligeritos; y por entremedio andaba la Carmen, vestía de rosao, con cintillo blanco en la frente. Tenía diez años nomás, pero. . .

LUCÍA — (*Enojada*) Ya, cabréate; yo no t'estoy na hablando de tu vía, te pregunté lo que queríai nomás.

VÍCTOR — Por eso po: quiero volver a'star ahí, pa empezar de nuevo.

LUCÍA — (*Amarga*) Empezar de nuevo. . . Ustedes siempre tan pensando en empezar de nuevo. "Ahora sí, vieja, ahora sí", pero lo único que hacen es acomodarse su vida como quieren, y mientras viven, la vida de nosotras se va yendo como agua por las rendijas. Y un día los miran, y ven que somos viejas, tontas y aburrías; y entonces se van. Y lo único que queda pa nosotras es criar los hijos, que ustedes van a ver, primero una o dos veces al mes, luego cada dos meses y después cuando se acuerdan; pero siempre golpiándose el pecho, abriendo el hocico a los cuatro vientos con el tremendo amor que les tienen. Amor de lejos, amor acomodao al tiempo libre que tienen. (*Escupe al suelo*) ¡Basuras! (*Pausa*) ¡Made, Jaque!

VÍCTOR — ¿Pa qué las querís?

LUCÍA — Pa que vengan a limpiar aquí, no podemos recibir al Milagrero en este basural.

VÍCTOR — (*Parándose*) Claro, hay que limpiar bien.

LUCÍA — (*Recogiendo sus papeles*) Voh no, voh venís conmigo; vamos a ver si los dicen como sigue el Oscar. (*Autoritaria*) ¿Me vai acompañar, no cierto?

VÍCTOR — (*Resignado*) Claro po.
(*Entran Jaque y Made*)

LUCÍA — ¿Aónde se habían metío que se demoraron tanto en llegar? Hay que arreglar bien aquí. (*Saliendo*) Este les va decir lo que hay que hacer.

VÍCTOR — (*Señalando las fotos*) Vamos a sacar too eso, después vamos a raspar y trapiar el suelo, ensegúa. . .

MADE — (*Zumbona*) Vamos arando, dijo la mosca. . .

VÍCTOR — ¿Qué dijiste?

MADE — Que usted no hace na po. Cuando pone una ampolleta tenemos que agarrarlo en brazos y darlo güelta, pa que no se canse atornillando.

VÍCTOR — Guarda, cabrita, mira que los genios no'stán na muy güenos.

JAQUE — ¿Podimos poner un discacho mientras trabajamos?

VÍCTOR — No (*Mira hacia la puerta*); tamos en pleno recogimiento.

JAQUE — ¿S'está riendo? ¿No cree?

VÍCTOR — (*Camina, va señalando*) Primero vamos a correr toas esas cuestiones pa un lao. . .

MADE — ¿No cree?

VOZ LUCÍA — ¡Víctor!

VÍCTOR — ¡Ya, ya!

JAQUE — (*Antes que salga*) ¿Qué le va pedir usted?

VÍCTOR — (*Se detiene. Después de una breve pausa*) Un asao. . . Quiero comerme un asao.

MADE — L'estamos preguntando de verdá po.

VÍCTOR — Claro, de verdá: eso es lo que quiero.

VOZ LUCÍA — ¡Ya pos, Víctor!

(*Víctor coge la Biblia y sale refunfuñando.*)

MADE — Un asao, mire qu'el Milagrero se va poner hacerle un asao.

JAQUE — Pero lo dijo de verdá. ¿No le viste la cara?

MADE — Sí, pero como se le puee ocurrir que. . . (*se encoge de hombros*) Güeno, caa uno sabe aonde le aprieta el zapato, dijo el cojo.

(*Se pone a amontonar las mesas y las sillas. Jacqueline saca las fotos de la pared.*)

JAQUE — (*Mostrando uno de los desnudos*) Así era yo, (*se toca*); así tenía mis pechitos. . .

MADE — (*Mirándole el pecho*) Parece que no, ¿ah?

JAQUE — ¿Cómo que no? Voh no me conociste.

MADE — ¿Y cómo tenís tan chica la que te quea entonces?

JAQUE — No sé po, se me habrá achicao con la enfermeá. (*Pausa*) ¿O me habra seguío la cuestión pa la otra? (*Preocupada*) ¿Me habrá seguío, Made? Nojui más a control.

MADE — (*Yendo hacia ella, Solidaria*) No te aflijai, Jaque, eso ya no importa: El te va sanar, vai a volver a ser como antes, vai a ver. (*Pausa*) Pero, ¿sabís?, por si'acaso, no fumís más hasta que El llegue; el tabaco es lo pior que hay pal cáncer.

JAQUE — ¿Por qué somos así?

MADE — ¿Cómo?

JAQUE — Tan desgraciás, tan sin brillo.

MADE — Ah, no sé po.

JAQUE — Es que las cosas tienen que pasar por algo. ¿A quién le hace bien que me haya dao cáncer? ¿A quién le hace bien que me hayan matao al Ariel?

MADE — No te pongai tan complicá po, si too se va arreglar pa siempre. Mira, cuando yo trabaje en la fábrica de cosméticos, te voy a regalar una crema que borra las herías pa siempre. (*Vuelve a su quehacer*)

JAQUE — Las cremas no borran lo que va por dentro po.

MADE — Pero por ahí se empieza: voh te limpiái por juera y no te dai ni cuenta cuando 'stai limpia por dentro.

JAQUE — ¿Y qué herías voy a tener si El me va sanar?

MADE — Ah, de veras po.

JAQUE — ¿No creís? ¿No'stai convencía?

MADE — No seai tonta; sino'stuviera convencía no m'estaría haciendo un delantal celeste.

JAQUE — (*Yendo a poner su disco*) Verdá po. . .

MADE — No hagai más eso: te hace mal.

JAQUE — Me hace bien, descanso. . . Es un maldición, lo necesito cuando'stoy triste y cuando'stoy alegre. ¡No se puee hacer na sola po!

MADE — Pero los Verdugos se van a enojar, no quieren que pongamos discos.

J A Q U E — Yo no tengo la culpa: jue la guerra, que s'enojen con ella. (*Pone el disco*)

M A D E — No me voy a quedar ná callá, no me voy a quedar na mirándote. . . (*Jaque baila. Made, a público:*) Lo de la fábrica de cosméticos se me quedó pegao de cuando era chica, del tiempo en que vivía en la Colo Colo (*Pausa*). La fábrica' estaba al frente, cruzando la línea del tren. . . Grande, celeste, limpia. . . Pero a nosotros no los dejaban entrar, porque decían que la que no era puta era ladrona. . . Yo acompañaba a mi taita, que ía a vender pan amasao a la entrá; las miraba como si hubieran sólo de otro mundo, tan limpias, tan bonitas. . . y toas con su delantal celeste. . . Crecí soñando con trabajar ahí, día a día, mes a mes, año a año. . . soñando, esperando. Pero nunca me dejaron entrar. . . Nunca, Jaque, nunca. . .

En el "Salón" sólo quedan ahora unas pocas sillas.

Jaque y Made friegan el piso. Víctor pasa un trapo con agua por las paredes. Tercos, mudos, cansados como galeotes.

J A Q U E — (*Irguiéndose*) Es inútil; esto hay que quemarlo y hacerlo de nuevo pa que quede limpio: la mugre ta muy pegá.

M A D E — (*Obstinada*) Sigue nomás. Tenemos que poder.

J A Q U E — ¿Y el Antonio?

M A D E — Jue con la señora Lucía a averiguar como se puee recibir mejor al Milagrero, que hay que hacer.

J A Q U E — ¿Y aónde jue a averiguar?

V Í C T O R — No hablen tanto y trabajen más. La Lucía ya tiene qu'estar por llegar.

M A D E — Y los quea un día nomás pos, Jaque.

J A Q U E — ¿Es seguro que va venir?

M A D E — Claro, si el Antonio ya habló con El.

J A Q U E — ¿Cómo es? ¿Verdá que. . .

V Í C T O R — Limpien po, limpien.

(Tiempo)

MADE — Oiga, don Víctor, ¿y por qué no lo recibimos en la pieza de ustedes? Taba pensando. . . O sea que con agua y jabón puee salir la mugre di'aquí; pero no lo que ha pasao, lo que ha pasao no sale con na: las borracheras, las peleas, los agarrones y too eso no se limpian con agua. El Milagrero va saber eso en cuanto entre aquí.

VÍCTOR — La pieza de nosotros ta pior, ahí han corrío hasta tajos. Denle color nomás, si haciéndole empeño podimos dejar como espejo aquí.

JAQUE — ¿Y si lo que dice la Made pasa con las personas?

VÍCTOR — ¿Qué cosa?

JAQUE — La señora Lucía los dio una semana pa que no atendiéramos clientes y pa que los portáramos bien. ¿Tamos purificaos? ¿Los hemos sacao la mugre de aentro con eso? No puee ser tan fácil, son muchos años de porquería.

MADE — Nosotros no tenemos mugre aentro, porque no tenemos culpa de tener culpas.

JAQUE — El Ariel decía qu'el rico no tiene la culpa de ser rico, pero qu'el pobre sí tiene la culpa de ser pobre.

MADE — ¿O sea que tu famoso Ariel defendía a los ricos? Era harto vendió entonces.

JAQUE — No po, si no'staba conforme conque los pobres fueran pobres.

MADE — Ah, era rojelio entonces.

JAQUE — ¿Qué's eso?

MADE — Rojelios son los que no'stán conformes po.

JAQUE — ¿Entonces nosotras somos rojelias?

MADE — (Pausa) ¿Somos? (A Víctor) ¿Qué dice usted?

VÍCTOR — No sé. . . No quise saber d'eso.

MADE — ¿Y qué sabe? (Pausa) ¿De aónde vino a parar aquí?

VÍCTOR — Di'un castigo.

JAQUE — ¿O sea de la cárcel?

VÍCTOR — No, di'un castigo.

MADE — ¿Y qué hizo?

VÍCTOR — No sé po.

JAQUE — ¿Taba curao?

VÍCTOR — No... Tenía la edá en que uno no puee preguntar porque lo castigan. (*Friega con furor*) Limpiemos, apurémolos.

MADE — ¿Y qué vamo hacer cuándo terminemos? Toavía los quea un día pa qu'El venga.

VÍCTOR — La Lucía dice que caa uno va'star en su pieza.

JAQUE — ¿Y cómo los vamos a defender de los recuerdos encerrás en la pieza?

MADE — Con la esperanza po, con la esperanza.

JAQUE — ¿Es seguro que va venir?

MADE — Claro, si el Antonio ya hizo el trato. (*A Víctor*) ¿No cierto?

VÍCTOR — Sí, ya'stá too listo. Limpiemos po, limpiemos.

(*Trabajan un momento en silencio, con obscura obsesión.*)

JAQUE — ¿Cómo se llama?

MADE — (*A Víctor*) ¿Cómo se llama?

VÍCTOR — No sé, todos lo conocen por el Milagrero nomás.

JAQUE — Quiero ponerle el nombre d'El a mi hijo.

MADE — ¿Y si te sale mujer?

JAQUE — (*Picada*) ¿Y si a voh no te dejan entrar a la fábrica de cosméticos?

MADE — (*Enojada*) ¿Cómo no me van a dejar entrar? ¡El puee hacer eso demás!

JAQUE — Y entonces pa que me ponís dificultades a mí po.

VÍCTOR — No discutan; tenemos qu'estar tranquilos. (*Golpes en la puerta. Luego de una breve indecisión.*) ¡No trabajamos, ahora no atendimos!

(*Siguen limpiando. Golpes*)

JAQUE — (*A Víctor*) ¿Voy a decirles que ahora no los podemos ocupar?

VÍCTOR — Anda; pero diles con güenas palabras.

(Jaque sale)

MADE — ¿Se fija cómo es la cuestión? Ahora que no los podemos atender vienen clientes.

VÍCTOR — Ni que los paguen en oro. La Lucía tiene qu' estar por llegar, y capaz que los mate.

MADE — ¿Por eso nomás?

(Silencio)

VÍCTOR — No, por eso nomás, no.

(Entra Jacqueline, seguida por un hombre en mangas de camisa. Es un hombre que se ve pleno, como lleno de esa armonía entre tierna y orgullosa que sigue al acto sexual, cuando no ha mediado otro compromiso que el del amor. (Es un símil que tomo por la tranquila sensación de libertad y bienestar que conlleva) Es el Milagrero.)

VÍCTOR — ¿Y voh?

JAQUE — Ta buscando a la señora.

MADE — Ahora no atendimos: no vamos a atender más.

JAQUE — Si le dije, pero no quiere entender; parece que anda con la caña.

MILAGRERO — *(Tranquilo)* No ando con la caña, señora: quiero celebrar, no olvidar.

VÍCTOR — Es que aquí no podís celebrar po, ya no atendimos.

MILAGRERO — No vengo a chupar, ya le dije. Le traigo un encargo a la señora.

VÍCTOR — *(Interesado)* ¿Un encargo? ¿De quién? ¿Del Oscar?

MILAGRERO — No sé como se llama: es una plata.

JAQUE — ¿Venís a cobrar? Tai sonao, porque no hemos trabajao en toa la semana.

MADE — *(Volviendo a su trabajo)* O sea, recontra sonao, porque no vamo a trabajar más, así que no te podemos pagar ni en género.

VÍCTOR — *(Volviendo a su trabajo)* Aquí no tenemos ni pa hacer cantar a un ciego; tenís que esperar a la señora.

MILAGRERO — ¿Pueo esperarla aquí?

VÍCTOR — No, aquí'stamos limpiando.

MILAGRERO — La busco pa entregarle una plata.

VÍCTOR — ¿Pa entregarle?

JAQUE — ¡Putá, empezaron los milagros!

MADE — ¡Guarda, po!

VÍCTOR — ¿Quién se la manda? ¿El Oscar? . . . ¿Clotió?

MADE — ¿Murió? ¿Cuándo?

JAQUE — ¿El hijo de la Verdu. . . de la señora? ¡Pucha, y ella qu'estaba haciendo too esto por él!

(Silencio. Preocupación)

MADE — ¿Y qué vamo hacer ahora?

(Silencio)

VÍCTOR — ¿Voh tabai preso?

MILAGRERO — *(Sorprendido)* ¿Preso? *(Pausa)* Sí. . .

JAQUE — ¿Y si. . . y si no le dijéramos na?

MADE — ¿Tai loca?

JAQUE — ¡Pero es que vamo a perder too!

VÍCTOR — ¡Cállense, cierren el hocico! *(Se acerca al Milagrero)* Dame el billete.

MILAGRERO — No: a ella. Tengo que explicarle.

VÍCTOR — Dámelo nomás, si es lo mismo. ¡Ya po!

MADE — ¿Qué tenís que explicarle?

MILAGRERO — Qu'estoy libre. *(Contento)* ¡Qué El me libró! Le hablé, le expliqué la cuestión como era, y me dejé libre.

MADE — No entiendo na. . .

VÍCTOR — ¿El Oscar te dejó libre? ¡Pero si él no mandaba na: taba preso igual que voh!

(Ruidos de puerta. Pasos)

JAQUE — ¿Y qué no dijiste que murió?

MADE — *(Lenta)* No'stoy entendiendo ná. . .

MILAGRERO — Yo tampoco, señora; no sé de lo que hablan. Estaba preso, pero. . .

(Entran Lucía y Antonio)

ANTONIO — ¡El Milagrero!

JAQUE — ¿El Milagrero?

MADE — ¡No puede ser!

VÍCTOR — ¡Putá, aquí sí que sonamos!

LUCÍA — No. . . digai. . . groserías. . .

(Apagón breve.)

Luego se ilumina el sector donde el Milagrero hará su monólogo, quedando los demás en semipenumbras.)

MILAGRERO — *(Pesaroso)* Pucha, claro, yo los caché al tiro; ustedes son de los que no tienen velas en ningún entierro; son los cojos del alma, los masacraos a plazo. . . Claro po, los caché al tiro; así que como voy a querer engañarlos, sí vamos gritando el mismo grito desde que nacimos.

JAQUE — ¿Qué di. . .

LUCÍA — ¡Shiít. . . Cállate!

MILAGRERO — . . . Era lindo ir diciéndole a la gente que se quisiera y que entonces lo demás venía solo, el pan, la pega, la tranquilidad y too eso. . . ¡Pero pónganse en mi lugar po! La cuestión ta muy espesa, muy podría; el amor se l'escapa a la gente a chorros por los agujeros que les hizo la guerra, tan queando caa día más secos, caa día más vacíos; y tienen razón también po, cuando la muerte o la amenaza de la muerte es cosa de toos los días, de qué se va asombrar uno. *(Pausa)* Yo no digo que no tengan salvación, no vamos a venir a vivir con el corazón encerrao en el pecho, como un animal asustado, no po, el corazón tiene qu'estar siempre abierto como una ventana, esa cuestión la sé. Pero lo que pasa es qu'el Hombrón me dio la pega, pero no me dio las herramientas; no tenía na aquí aentro *(se golpea el pecho)* pa convencerlos, ni aquí en los ojos ni en la garganta ni en las manos: ¡no tenía ná en ninguna re crestona parte!. . . Yo no sé por qué la agarró conmigo; nunca he sío na. Nací, crecí, aprendí la pega de la carpintería con el viejo de mi taita, y cuando apareció la Magdalena los juntamos po. ¿Aónde había algo como pa que la agarrara conmigo? En ninguna parte po. ¡Por qué tenía que elegirme a mí!

MADE — ¡El sabe, si lo eligió tiene que ser por algo: El sabe too!

MILAGRERO — ¡No, no! Perdí la tranquilidad, perdí el taller, perdí a la Maiga, a los amigos: desde qu'El me puso

los ojos encima me desgració. Me dejó solo igual qui'un árbol; ¡igual que un perro con sarna me dejó!. . . No hay pior condena que tener la razón contra toos. . . (*Gritando*) ¡Escucha mi voz, escucha mi voz!, gritaba como loco por las plazas, por los bares, por las calles. ¡Y lo único que vi fueron perseguíos que esperaban dejar de ser perseguíos pa perseguir a sus perseguiores. ¡Escucha mi voz: no teman a lo que mata el cuerpo, pero no puede matar el alma; teman a lo que mata el alma, pero no puede matar el cuerpo: teman a lo que los condena a arrastrarse como babosas por la tierra, teman al odio, a la venganza! ¡Escucha mi voz; el que sea pacífico, el que sea manso de corazón, el que tenga hambre y sé de justicia, que escuche mi voz: porque el amor es la verdá, y la verdá es como la sangre y como los ríos, nadie puede borrar sus pasos, nadie puede hacerla volver atrás! Escucha mi voz, hombre que acorralan, hombre que habís caío y te dan patás, mujer que morís y desmorís a caa rato; gente de la vía a pedazos, escuchen mi voz!. . . (*Pausa*)

Sí. . . escucha mi voz, gritaba enajenao; y la Maiga me miraba con sus tremendos ojos vacíos, porque ya había llorao toos los llantos que tenía'entro y había gastao toas las palabras, pidiéndome que me cabriara, que volviera pa la casa.

(*Sombrío, despectivo*) Escucha mi voz, escucha mi voz. . . Lo único que saqué jueron burlas y piedras y golpes. Perdí too, too. . .

LUCÍA — ¿Pero entonces. . . entonces. . .

MILAGRERO — Era lindo, era lindo, señora, me gustaba. . . Pero ya le dije que no me dio palabras que me salieran de los güesos o de la sangre, no me dio na pa olvidar a la Maiga; ni me dio na con qué peliar contra ese frío que me corría desde los tobillos hasta'l pelo, cuando se paraba un auto sin patente a mi lao. (*Pausa*) Así que me pegué la cachá, y jui pal cerro y me lo atrinqué. No hablamos na de cordero de Dios ni de hijo a padre: hablamos de hombre a hombre. Mire —le dije— yo apechugo, apechugo contento con la misión que me ha dao, porque sé qu'el bien es pa

toos. Pero así no, así en pelota no, no pueo, nadie puee, por mucho que Usté haya clavao los ojos en él. Porque ahora es dos veces el tiempo de la selva; ahora si uno pone la otra mejilla, la gallá llega a tomar güelo pa mandarle el otro ale-tazo, y el hombre más manso de corazón que he encontrao, sueña con abrir a su enemigo de arriba abajo y tirarlo a los canales donde corra el agua más podría. Pucha, como'stará de negra la cosa, que ni los muertos se pueen ir a descansar, con eso le digo too. No, si no es na barreta pa correrme, no'stoy na exagerando: a unos, a la mayoría en realidá, el agarrón de la muerte los pilló despreveníos, los pilló en pampa, así que no saben porqué murieron; y los que saben, los que sabían lo que les esperaba, miran como quedaron las cosas, miran como'stamos, y no entienden pa qué murieron, lo qu'es cien veces pior; así que los que no saben por qué y los que no saben pa qué, andan p'arriba y p'abajo con su muerte a cuestras, refregándosela a uno por la cara. Y pa más re cacha, los que siguieron vivos, parece que tampoco saben pa qué viven después de haber perdío tanto. ¡Y Usté quiere que yo cambie eso! ¿Con qué ropa? Cacho que no haciéndole a nadie lo que uno no quiere que le hagan a uno, se soluciona too, ¡pero no entienden po, tan ciegos, tan locos!. . . ¡No sé lo que tengo que hacer, no sé lo que tengo que decir; palabra, no sé! ¡Yo no soy un salvaor, soy un pobre gallo, déjeme tranquilo, déjeme tranquilo, por favor!. . . Quiero volver a mi taller, quiero volver donde la Maiga y tener hijos. . . vivir. . . ¡Usté es Dios, no me puee condenar, suélteme, suélteme!. . . (Pausa)

Too eso le dije. . . Y entonces sentí. . . ¡Pucha, sentí como si de repente me hubiera empezao a correr agua fresca por dentro!. . . ¡Me dejó libre! (Eufórico)

¡Soy el Manuel, volví a ser el Manuel, nomás!. . .
(La luz se enciende violentamente. Lucía, Jaque, Made, Víctor aparecen sentados; perplejos, desolados. Antonio en actitud de tranquila frustración.)

LUCÍA — ¡No puee ser!

MADE — ¡Mentira, esa es mentira!

J A Q U E — Diga que no, diga que no. . .

V Í C T O R — Ta inventando, ta puro inventando. . . Ya tengo el gusto del asao en la boca, no me puee hacer eso.

L U C Í A — ¡Cabréate con tu asao!

A N T O N I O — ¿Quiere que le paguen más? ¿Esa es la cuestión, compadre?

M I L A G R E R O — No, no es eso; ya les dije: ahora soy como toos. Por eso toi contento, y voy a celebrar.

V Í C T O R — (*Se para, va hacia él, lenta amenazadoramente*) De mí no se va reír ustedé, compadre. . . Tengo hambre, un hambre que ha sío la causa de toas mis desgracias. . . Una vez hicieron un asao, yo era poco más que un niño, taba feliz, feliz como nunca he estao. . . Pero de repente dijeron que había hecho algo malo, y m'encerraron. . . Toa la noche'stuve oyéndolos reírse y tomar y comer. . . el olor entraba por las rajaúras de las tablas. . . entraba y salía, entraba y salía; me dejó con hambre pa siempre. (*Lo toma, lo sacude*) ¡No puee quitarme mi asao, no puee! (*Los demás se paran, los separan*) ¡Por eso no he poío'star nunca satisfecho, por eso siempre me ha faltao algo! . . . ¡Devuélvame mi asao, devuélvameló!

L U C Í A — ¡Tate tranquilo, no podís tratarlo así!

J A Q U E — ¡Un asao te lo podís comer cuando querai: es mi teta lo qu'importa!

V Í C T O R — ¡El único asao que puee quitarme la injusticia d'encima es ése!

L U C Í A — ¡Ustedes tan vivos, y van a seguir viviendo, el que necesita ayuda es el Oscar! ¡Es una persona, es mi hijo, y s'está muriendo! (*Al Milagrero*) ¡Entienda, entienda, por favor; lo único que manda a decir, es que quiere ver el sol, la luz antes de morir, pero no quieren sacarlo al patio! . . . Eso no es na pa ustedé, puede hacerlo cuando quiera; ha hecho cosas mucho más difíciles: curó a los leprosos, calmó las aguas. . .

V Í C T O R — ¡Resucitó al Lázaro, convirtió el agua en vino. . .

M I L A G R E R O — ¡No, no; yo no soy ese, no sean here-

jes: yo soy un pobre gallo! ¡El me había librao, pero me dejó libre!

J A Q U E — ¡No puee haberlo librao: eso querría decir que ya no quiere na con nosotros!

M A D E — No po, no puee ser; tendría que seguir toa la vía de estropajo. Y yo quiero entrar a la fábrica de cosméticos: ¡soy como toas, no me pueen dejar ajuera! (*A Antonio*) ¡Habla po, habla voh que sabís más: dile como es la cuestión!

A N T O N I O — La cuestión es como es nomás po, que le vai hacer.

J A Q U E — ¡Pero yo tengo que tener mi teta, pa poder seguir viviendo, quien me va querer así! (*Le muestra al Milagrero*) ¡Mire po, mire: quien me va querer!

M A D E — ¿No le queda na aentro? ¿No se acuerda de na?

V Í C T O R — (*Sentándose, abatido*) Que en toa su vía un hombre no se puea comer un asao.

L U C Í A — ¡No te sentís, tenemos que convencerlo que los ayúe! (*Al Milagrero*) ¿Por qué no quiere hacer na? ¿Por qué somos putas, por qué'stamos podrías? ¿Por eso los desprecia también?

J A Q U E — ¡Pero diga algo po, aconséjelos, sánelos! ¡Usté mandó decir que tuviéramos fe, dijo qu'eso era lo único que necesitábamos: güeno po, yo tengo fe en usté, tengo fe! (*Se acerca, le toma la mano*) ¡Tóqueme, sáneme! ¡Sáneme!

M A D E — ¡Suéltalo, así no; tiene que ser por voluntá d'él!

J A Q U E — ¡Pero que hable po, qué hable!

A N T O N I O — ¿Y qué va hablar? Si juera carnicero, te podría poner un pedazo de carne; si juera alcalde podría mandar que al Oscar lo dejaran ver la luz, antes de entregar las herramientas, si juera. . .

L U C Í A — ¡Déjalo que hable El!

M I L A G R E R O — Yo no tengo na que hablar, señora:

vine a entregarle su plata nomás. (*La deja sobre una silla. Intenta irse*)

LUCÍA — ¡Pero entienda: no puede irse!

JAQUE — ¡Lo'stábamos esperando de hace una semana!

MADE — ¡No, no de hace una semana: de que nacimos!

ANTONIO — Ta pesá la pista pa usté, compadre; a la gente se le puee quitar el pan, pero no la esperanza.

MILAGRERO — Yo no les he quitao na; no les dije que s'escondieran a esperarme, eso se les ocurrió a ustedes. Si dejaron hundirse la vía, como piedra en el agua, no es culpa mía.

LUCÍA — (*Absurda, patética, infantil*) Oiga. . . ¿no dijo que'staba contento y iba a celebrar.

MILAGRERO — (*Risueño*) Sí.

LUCÍA — ¿Por qué se ríe?

MILAGRERO — Porque va decir: “¡Celebre aquí po!” . . . O sea que piensa que curao voy a soltar la pepa. Pero no hay pepa que soltar, señora, convéznase.

ANTONIO — (*Al Milagrero*) Aguántele la barreta, la gente tiene que llegar hasta el fondo pa convencerse de la realidá.

LUCÍA — ¡No es barreta, no seai patúo!

MILAGRERO — No s'enojen; no podría ni aunque quisiera: no tengo plata.

LUCÍA — N'importa, si too se jue a la cresta, que se vaya di'un viaje; démoslos un recreo mañana seguimos tirando como siempre. (*A Made y Jaque*) Ya, ustedes traigan las mesas y el tocadisco (*a Antonio*); voh anda a buscar el vino a mi pieza. (*Le pasa las llaves*) Y te hacís algunos sángu-ches.

ANTONIO — (*Murmurando*) La misa de los giles. . .

LUCÍA — ¿Qué decí?

ANTONIO — Na. ¿Abro la puerta?

LUCÍA — No, es pa nosotros nomás. (*Antonio sale. A Jaque y Made, que no se han movido*) ¡Ya po!

MADE — No hay tocadisco: s'echó a perder.

LUCÍA — ¿Cuándo?

JAQUE — Yo lo patié. . . Creía que no ía a bailar más sola.

LUCÍA — N'importa, trae la radio de mi pieza entonces. (*No se mueven*) ¡Vayan aónde les dicen! (*Salen desganaadamente. A Víctor:*) ¡Ya po, anímate!

VÍCTOR — (*Entre para sí y para el Milagrero*) Es la marca. . . La mitá de la gente con la que uno tiene que hablar, ve esa marca y lo desprecia; sabe que uno es inferior y que puee usarlo: con la marca del hambre uno'stá siempre abajo. . .

LUCÍA — Cállate, eso ya pasó.

VÍCTOR — Yo no digo que ía a ser gerente o dueño de fundo, pero sé que si no me hubiera encontrao con el hambre habría tomao por otro camino. Yo no creo que ninguna mujer para a un cogotero, a un cafiche o a un asesino; la que los pare es el hambre. . . Pero la cuestión ya no es esa, compadre: la cuestión ahora es, quien le da poder a otro pa que lo marque y lo condene a uno. (*Fríamente amenazador*) ¿Qué me dice?

LUCÍA — No le haga caso. (*Se acerca a él. Casi subrepticia*) A lo mejor yo he sío mala, no sé, eso lo sabe Dios nomás, si El me ha dejao hacer lo que he hecho, por algo será; pero yo no quiero discutir eso: lo que quiero decirle, es que si he sío mala el Oscar no tiene porque pagar por mis culpas. . . Ta muriendo, la muerte se lo'stá comiendo dia poco allá en el calabozo. . . ya no puee hablar con la boca, es con los ojos que grita y grita que quiere ver el sol. (*Lo toma*) Es un poquito, un poquito nomás de luz la que quiere, usté. . .

VÍCTOR — ¡Déjalo tranquilo, l'estoy hablando yo!

LUCÍA — ¡Voh no tenís na que. . .

VÍCTOR — ¡Ya, cabréate di'una vez con tu porquería de sol, cabrona desgraciá! ¡Hasta cuándo vai a mosquiar!

LUCÍA — ¿Cabrona? ¿Cabrona desgraciá? ¡Muerto di'hambre, atrevío, desgraciao; qué te habís imaginao!

MILAGRERO — ¡No, no hagan eso: apuñaliándose se alejan más!

LUCÍA — ¡Pero es que este infeliz no me puee venir a insultar: yo lo tengo de adorno; algunas mujeres se compran un perro fino pa salir a pasiar: yo lo compré a él, lo tengo pa la vanidá, no pal corazón, y pueo botarlo cuando quiera!

VÍCTOR — Voh no soy de las que botan, naciste pa que te botaran a voh: te botó el marío, te botó el hijo, y yo te habría botao cien veces ya si no llorarai y te arrastrarai como perra. Pero. . .

MILAGRERO — ¡Espérense! Yo vine a lo mío, nada más.

VÍCTOR — Ella tiene la culpa, yo ya me había olvidao de too: jue ella la que armó este cagüín que los dejó a toos la escoba por dentro. ¡Ella nomás tiene la culpa!

LUCÍA — ¡No le haga caso, no lo escuche na, no le de na el asao: ta lleno de odio! ¡Yo no, hágame caso a mí; yo no tengo venganzas que vengar: lo que pido es amor, amor del cielo, de la tierra, del infierno; no sé de donde, pero amor!

JAQUE — (*Entrando con una antigua radio*) ¿Qué'stán hablando? (*A Víctor y Lucía*) ¿S'están arreglando solos? ¿Me quieren dejar ajuera?

MILAGRERO — No, no, señora, nadie la quiere dejar ajuera: no hay de donde. Cabréense.

VÍCTOR — Usté tiene la culpa, en vez de traer alegría vino a armar puras peleas: nosotros tábamos bien sin saber na, tábamos bien.

MILAGRERO — (*Interesado*) ¿Y por qué'stá mal ahora? ¿Qué sabe? Yo no he dicho na.

MADE — (*A la rastra con dos mesas*) ¿Qué pasa? ¿De qué'stán hablando?

LUCÍA — (*Exasperada*) ¡De na, ho! (*A Jaque*) ¡Pone esa radio!

JAQUE — ¿Pa qué?

LUCÍA — ¡No sé po! (*Rabiosa*) ¡Pónela!

MILAGRERO — (*Para sí*) ¿Por qué no me voy? (*Ensimismado*) ¿Por qué no me voy? Habíamos quedao en que yo

no servía. . . (*Se pasa las manos sobre la frente, sobre las mejillas, como si sudara copiosamente*) Soy el Manuel. . . ¡Soy el Manuel nomás!. . . (*Queriendo olvidar, substraerse*) ¿Y el vino? ¿Aónde'sta el vino?

LUCÍA — (*Llamando*) ¡Antonio, Antonio; apúrate con el pan y el vino!

MADE — (*Toma al Milagrero, lo lleva aparte*) Yo no quiero na difícil, yo quiero un trabajo nomás. La fábrica'stá. . .

LUCÍA — ¡Déjalo tranquilo! (*Llamando*) ¡Antonio, Antonio! (*A Jaque*) ¡Pone esa radio di'una vez!

VÍCTOR — (*Para sí*) Había una mesa larga. . . El pan y la carne y el vino taban encima. . .

LUCÍA — (*A Jaque*) ¡Hace lo que te dije!

JAQUE — (*Manipulando*) No prende po, ta mala. (*Desanimada, desolada*) No quiero hacer na, no quiero hacer ninguna lesera. . . ¿Esto es mentira, no cierto? (*Al Milagrero:*) ¿Usté decía de broma nomás, no cierto?

(*Entra Antonio, con vasos, pan y botellas. Víctor, hosco, meditabundo, junta las mesas, quiere reconstruir la escena del asao; hace esfuerzos por recordar. El, Lucía y Jaque se ven tensos, sombríos. Made parece estar describiéndole, con gestos, la fábrica al Milagrero. El le dice algo, ella lo mira, patética, loca.*)

ANTONIO — ¡Pucha qu'stá animá la fiesta, ho! (*A Jaque*) Pa qu'esa cuestión prenda tenis que aforrarle dos golpes arriba y uno a caa lao. (*Deja las cosas sobre las mesas y lo hace*) Cacha, si esta cuestión se cree tambor, si no le pegai no suena. . .

MILAGRERO — (*A todos*) ¿De cuándo qu'están aquí? (*Por Made*) ¡Ella m'está hablando di una fábrica que ya no existe!

MADE — ¿Cómo que no? (*Gritando*) ¡Cómo que no!

MILAGRERO — No, señora: ahí aonde usté dice ya no hay na: ta too abandonao.

(*Suena la radio. Confuso ruido de carreras, gritos, disparos, órdenes y voces desesperadas.*)

JAQUE — ¡Apaga eso: apágalo!

LUCÍA — ¡No, no la apaguéis na: cámbiala; soy yo la que manda aquí!

ANTONIO — (*Lo hace; suena lo mismo*) No hay caso: ta en cadena.

MILAGRERO — (*Forcejeando con Made, que le ha cogido y le dice, casi a sollozos, cosas que el ruido de la radio tapa*) ¡Suélteme, suélteme, señora; lo que le digo es verdá!

VÍCTOR — (*Cruza, separa a Made; con ella cogida del brazo, apaga la radio*) ¡Así no es la cuestión, no te vengai na a arreglar sola!

ANTONIO — (*Quitándosela*) ¡Déjela tranquila!... Tan lesiando, tan puro lesiando. No van a sacar na con too esto, morderse unos a otros nomás y quedar más solos.

JAQUE — ¡Voh te callai, desgraciao; nosotros sabemos lo que hacemos: tenemos que vivir.

ANTONIO — ¿No ve? Ya perdimos el poco respeto que los teníamos. Y dice “Tenemos que vivir”... (*Prende la radio*).

LUCÍA — ¡Apágala, apaga esa porquería!

ANTONIO — ¿No le gusta? Es la música del mundo.

JAQUE — ¡Apágala te dicen!

ANTONIO — (*Lo hace. Al Milagrero*) Echese el pollo, mejor, compadre: aquí no tiene na que hacer.

VÍCTOR — ¡Voh soy el que no tenís ña que hacer aquí! (*Amenazador*) ¿Qué te habís creío?

LUCÍA — ¡Sí, échalo, échalo!

MILAGRERO — (*Abruptamente*) ¡Son estúpidos, son ciegos! ¡Raza de víboras, raza más culpable que desgraciá; porque no juzgan ustedes mismos lo que's justo y lo que no es justo, no va quedar de ustedes güesos sobre güesos! ¿M'estaban esperando? ¡Claro, yo tengo que decirles una cuestión!

LUCÍA — ¿Qué? ¿Qué los va decir?... ¿Los va ayudar?

MADE — ¿Los va ayuar? ¿Se convenció? (*Corre hacia dentro*)

MILAGRERO — (*Echa vino en un vaso*) ¿Era eso?...

¿Era eso lo que no me salía de aentro pa decirles? (Bebe) Sí, los voy ayudar. . .

J A Q U E — (Yendo hacia él) ¡A mí, a mí primero!

L U C Í A — ¡No, a mí; porque yo no pido na pa mí: es pa mi hijo!

V Í C T O R — (Apartándola) ¡Quítate de ahí!

M A D E — (Que vuelve con un delantal en las manos) ¡A mí primero: yo jui la que lo convencí!

M I L A G R E R O — ¡Apártense, apártense! ¡Lo que vengo a decirles es pa toos!: (Pausa) ¡Tan perdiendo el tiempo, se les está yendo de las manos como aceite por el vidrio: tan perdiendo la vía!

A N T O N I O — (Cansino) Esa es la cosa po, tan puro escapando.

V Í C T O R — ¡Voh cállate, infeliz, cállate!

J A Q U E — ¡Dígalos, dígalos lo que tenemos que hacer!

M I L A G R E R O — ¡Yo no pueo decirle a nadie lo que tiene que hacer, señora; too lo que se hace pa vivir es güeno, ¡pero lo que se hace pa vivir! El que tiene una hería llora una vez, y después aprieta los dientes, porque si llora dos veces se convierte en muerto. Escondíos aquí como ratas asustás, no tienen salvación, podrían tar llorando y esperando cien años, docientos, pero no sacarían na; porque la vía'stá aentro de ustedes, así que sino la viven ustedes, ¿quién puee vivirla?

M A D E — ¡Nosotros no queremos palabras: queremos ayúa!

M I L A G R E R O — No hay nadie en el cielo ni en la tierra que puea ayudarlos; porque la vía está aentro de ustedes.

V Í C T O R — ¡Eso ya los dijo!

M I L A G R E R O — ¡Pero Entiendan po, entiendan lo que les quiero decir: no hay milagros! ¡Eso es lo que vengo a decirles: no hay milagros!

(El grupo —excepto Antonio, que mantiene su lejanidad— se echa hacia atrás, como ante un apestado, como ante un blasfemo terrible. Aturdidos, sobrecogidos. "No hay Milagros" representa para ellos el desamparo, la desnudez profunda y completa. La primera

en reaccionar, tímida, asustada, es Lucía:)

LUCÍA — ¿Y...? ¿Y... Dios?

MILAGRERO — Dios no es de los muertos, es de los vivos, señora, ¡de los vivos! Mientras a ustedes les crece l'hambre, mientras se les pudre la vía encerraos aquí. . .

MADE — *(En llanto, en angustia)* ¡Cállese, cállese, nosotros no lo'stábamos esperando pa eso. . . no lo esperábamos pa eso. . .

MILAGRERO — Claro que no po; creían que ía a llegar con un saco de milagros al hombro. ¡Creían que otra vez ía a morir, solo como un perro!. . .

JAQUE — Por favor. . . por favor. . .

MILAGRERO — ¡No hay favor, no hay milagros!

JAQUE — ¡No puee ser!. . . Si El los parió. . . ¿por qué los trata mal? ¿Por qué dejó que me arrancaran el pecho?. . . ¡Un padre no puee hacer eso!

LUCÍA — ¡Si hay guerra tenía que darlos las armas pa defenderlos!

VÍCTOR — El no lo puee haber mandao a decirlos que no los va ayuar; lo que no podimos hacer nosotros con la juerza que los dio, tiene que hacerlo El, en la de no, ¿cómo famos a saber que existe?

ANTONIO — Guarde, gancho; lo que quieren escuchar es que no'stá too perdió pa ellos; y aunque sea la mentira más grande del mundo, aunque pal fondo del corazón ellos sepan eso, en vez de decirles la verdá, tiene que decirles que algún día les va dar lo que le piden; porque a eso le llaman esperanza. . . Tenga cuidao, que con tal de no tocar el fondo de ellos, pueen fregarlo. Echese el pollo, mejor, váyase.

MILAGRERO — No puedo. . . Toi como cayendo, pero no pueo parar. Toi ciego, toi como si hubiera tomao fuego. . . ¿Por qué dije toas esas cosas? ¡Por qué tengo tanta rabia! ¡Los mataría a patás pa que m'entendieran!. . . Pero. . . ¿por qué me va condenar a mí? ¿Por qué me va condenar?. . . Maiga, Maiga. . . *(Pausa. Furiosamente:)* ¡Entiendan,

entiendan, desgraciasos! (*Busca, acosado*) ¡Espérense, espérense aquí!

(*Sale. Ruido de golpes sobre tablas, crujió, estruendo.*)

LUCÍA — ¿Qué'stá haciendo? ¡Qué hizo!

(*Quiere ir a ver. La rodean, la atajan.*)

JAQUE — ¡Déjalo, El sabe!

MADE — (*Deslumbrada*) ¡Los vino ayuar, los vino ayuar. . .

(*Una claridad viene de afuera. Es una claridad recia, dura.*)

MADE y JAQUE — (*Asustadas, emocionadas*) ¡La puerta, abrió la puerta. . .

MILAGRERO — (*Entrando*) No jui yo: jue la mano de Dios, la mano enojá. Pero no la abrió na: ¡la echó abajo! (*Señala*) El que quiera vivir, salga. ¡Salgan como salieron del vientre de su madre; como salen las piedras de las manos, como sale el fuego de los palos! ¡Salgan los presos por ellos mismos, los presos por los demás; los temerosos, los escondíos! (*Enajenado*) ¡Lloren los salvajes matadores, los falsos adivinos que reparten consuelos mentirosos: lloren, porque han sío derribás las puertas! ¡Estalle la gran indignación de las viudas, de los hambrientos, de los sin pega! ¡Escúchense lamentos de saquiaores; aullíos de fieras resuenen por el fin de la gloria de su poder!

LUCÍA — (*Desesperada*) ¡No, no; no queríamos eso, no lo esperábamos pa eso! . . .

MILAGRERO — ¡Salgan, salgan! Lleven la vía por las calles, como lleva el padre al hijo, váyanse por las tremendas, por las anchas alameas! ¡No hay na escondío: el árbol del bien y del mal, el árbol de la vía: es la vía! ¡Coman, coman d'ella! ¡Coman, co. . . (*Queda inmóvil, perplejo*)

JAQUE — ¿Qué le pasa? ¡Qué le pasa!

(*El Milagrero siente que se le acaba la vida; pero no experimenta dolor, sólo ira y estupefacción.*)

MILAGRERO — ¡No, no, compadre, no me haga esto! . . . Usté es el rey de los reyes, no puee echar su fuerza contra mí, yo soy un pobre gallo, no es justo. . . ¡Pa qué me echó al medio de los afligíos entonces!, ¡tenía que contarles

la firme! No me pare el corazón, ñor, no sea así. . . Puta, ¡pero si jue usted el que me hizo decirles eso!. . . ¡No sea así, no sea así, ñor!. . .

(Habla, apostrofa, pero no se escucha. Es una muerte blanca, una muerte sin dolor físico. Pero el Milagrero se ve hasta el último lleno de cólera y terror. Víctor y las tres mujeres, que inconscientemente dan al hecho una connotación sobrenatural, no intentan intervenir; antes bien, retroceden, no quisieran ni siquiera mirar: es como si viesan a Dios apretándole el cuello al Milagrero. Antonio, tras una breve indecisión, va hacia él y trata de ayudarlo. Pero ya nada se puede hacer.)

ANTONIO — No hay caso: le falló la cuchara.

(Lentamente, el peso de lo perdido, va rompiendo el temor supersticioso dentro de ellos.)

MADE — ¿Qué hacemos?. . . ¿Qué vamo hacer ahora?

ANTONIO — *(Tras una breve pausa)* Ustedes, no sé po; lo qu'es yo, tengo qu'irme.

LUCÍA — *(Al Milagrero. Lenta)* Levántate. . .

VÍCTOR — *(A Antonio, que se va)* ¡No te podís ir. . .

ANTONIO — Tengo qu'irme. Siempre que alguien abre una puerta, yo salgo. . . Chao Jaque, chao Made.

(Sale. Víctor hace amago de seguirlo; se detiene. Queda mirando hacia afuera.)

LUCÍA — ¡Levántate, levántate!

(Mecánicamente, Jaque prende la radio. Baila su disco, ahora al son de las balas, gritos, carreras, etc., que brotan de la radio. Made, en actitud de absoluto desamparo, rompe el delantal.)

LUCÍA — *(Absurda, loca)* El Oscar quiere ver la Luz, quiere que lo dejen ver la luz no más, levántate, levántate. . .

(Queda sólo el sonido de las balas, las órdenes y los gritos.)

FIN